UNIV. OF ARIZONA
PQ6623.A816 A58 1930 mn
Azorin/Angelita, auto sacramental
3 9001 03815 6512

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/angelitaautosacr0000unse

ANGELITA

AZORÍN

NUEVAS OBRAS

PUBLICADAS

	Pesetas
FÉLIX VARGAS (ETOPEYA).....	5,00
BLANCO EN AZUL (CUENTOS).....	5,00
SUPERREALISMO (PRENOVELA).....	5,00
ANGELITA (AUTO SACRAMENTAL)..	5,00

EN PRENSA

LA BOLITA DE MARFIL.....	5,00

Adela Tortosa Giménez *(Angelita)*.

PQ
6625
A816
A5T
M30

AZORÍN

NUEVAS OBRAS

ANGELITA

AUTO SACRAMENTAL

PRIMERA EDICIÓN

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID
1930

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

QUEDA REGISTRADO Y HECHO EL
DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY
RESERVADOS LOS DERECHOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

Copyright, 1930, by AZORÍN

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

A LA MEMORIA

DE

JUAN RACINE

el autor de **Berenice**

La sensación de tiempo en la sensibilidad de un escritor; la sensación de tiempo y la de su inseparable el espacio. El tiempo, que se impone angustioso; que se desvanece suavemente; que torna a surgir y a crear un estado de ánimo doloroso. Infiltración de esta idea capital en las imágenes diarias; incorporación de la sensación de tiempo a la creación artística. Desde la lejanía remotísima, el avance de una forma o larva confusa; días y días que pasan; la forma vaga que se va concretando. Una mujer; una mujer que instintivamente hace el escritor que se convierta en un símbolo. Bondad y finura; propósito de que el tiempo encarne en esta figura femenina. La sensación angustiosa o grata del escritor,

llevarla a los ojos, a las manos, a la expresión total, a los movimientos de esta mujer. El tiempo que siente y percibe el autor, transportarlo en su totalidad a la obra de arte. Transmutación de espacios; el espacio que entra ahora a ejercer su papel, tan importante como el del tiempo. De la realidad espacial y temporal en que vive el autor, salto a la realidad espacial y temporal de la obra. Abandono de la realidad real; liberación gratísima; respirar amplio; descanso. El tiempo y el espacio reales han quedado allá lejos, perdidos en la bruma de la conciencia. Y ahora son estas dos especies de tiempo y espacio —creadas por el autor en la obra— las que dominan. Delimitación de las figuras en la obra; detallar; poner pormenores; recrearse en el perfeccionamiento de estas mujeres y de estos hombres que se van creando. El tiempo y el espacio aprisionados, compresos, solidificados, en las escenas de esta obra. Y la obra que, al cabo, se yergue definida, acabada.

Acabada la obra, un instante de emoción; el tiempo y el espacio reales, que habían estado alejados del autor, como proscritos, asoman por el horizonte; se van insinuando; van adquiriendo otra vez una potencialidad, de hora en hora, más lacerante. La obra, sujeta a las alternativas de afecto y repulsión; alternativas que traen el tiempo y el espacio. La obra traída y llevada violenta o suavemente hacia la simpatía o hacia la repugnancia del autor. Un auto sacramental; la idea de un auto sacramental en que hemos saltado por encima de la realidad cotidiana para acercarnos al eterno símbolo; partir de lo maravilloso, de un dato arbitrario, para ascender con verosimilitud a una idea madre. La idea de tiempo y espacio que atormenta a los humanos. Suprema angustia y suprema obsesión del destino de los vivientes. La sucesión de los días; el desvanecerse de los crepúsculos y la incorporación de la obra a las especies reales de tiempo y espacio. La obra que ha encarnado ya en esas dos

creaciones del hombre. Ya en ensayo; ya incrustada en la evolución de una ciudad. La vida de la ciudad, con sus hombres y sus mujeres, enredada, mezclada a estos hombres y a estas mujeres de la obra. La ciudad que ha pasado de industrial a agrícola en cuarenta años. Fábricas; voluntades juveniles; otra generación que domina en el espacio y en el tiempo. Los ensayos de la comedia que se van realizando con perseverancia, con amor, con fervor. Desde la meseta castellana, a 650 metros de altura sobre el Mediterráneo, el pensamiento del autor que baja hasta las cercanías de ese azul Mediterráneo. Una voluntad, la de Martín Perea, que va organizándolo todo; poniendo orden en el espacio y en el tiempo; ensamblando retazos de tiempo y fragmentos de espacio; poco a poco, con tenacidad. El estupor de Adelita Tortosa al leer el papel que va a representar; su miedo instintivo; sus bellos ojos llenos de expresión; sus finas manos sensitivas. El banquito de carpintero de su padre; banquito allá

en lo pretérito de veinticinco años; el banquito que se convierte, en el transcurso de ese tiempo, en tres grandes fábricas situadas en distintos puntos de España. Ya no sierra tablones Carlos Tortosa; ahora taja montañas; las taja para sacar de ellas bellos mármoles rojos, negros, blancos, con vetas verdes, negras, rojas. Y las grúas eléctricas que levantan bloques enormes, en silencio, suavemente; las máquinas más perfectas que van serrando los enormes pedruscos. La voluntad y perspicacia del padre que renacen en la hija. Adelita, ya dueña de su papel. Adelita, tan candorosa y tan tenaz. La tenacidad del candor, que es la más formidable tenacidad; tenacidad sin desmayos ni dudas. La sonrisa de Adelita; sus dientes blancos en lo trigueño de la tez; las manos, que, a veces, se refriegan una con otra suavemente, con movimientos de nerviosidad y de impaciencia. En la escena, entre los pensamientos y las sensibilidades de todos estos intérpretes ocasionales de la obra, Adelita

y Paco Navarro como representantes de la evolución de la ciudad; Paco Navarro, que con su hermano Silvino, manda millares y millares de cajas por el mundo; irradia desde su fábrica —la segunda o tercera de España en su género— muchedumbre de cajas formadas con ligero pino.

Cordialidad y fervor; los elementos necesarios, indispensables, para la representación de una obra de espiritualidad, de un auto sacramental. Las idas y venidas del autor desde la meseta al litoral; el tren que desciende y el tren que torna a las alturas. La imagen de un pedazo de azul radiante, y una palmera que se perfila en la transparencia del aire. La figura de Adelita que sonríe; sus manos que se refriegan con suavidad. Elegante sin que se percate ella misma; trajes ricos y bellos que se llevan como si fueran pobres. No saber que se es bonita y buena; serlo sin darse cuenta. En el azul, sobre el azul, Adelita que sonríe; bajo el azul del cielo y con el fondo azul del mar. La tez, de un moreno suavísimo, y la nitidez

de los dientes. La sonrisa que atrae las voluntades. Una sensación profunda y placentera de tiempo y espacio.

Y estrenada la obra, el tiempo que comienza su labor destructora; hacinamiento de imágenes que van a ser juguetes del tiempo; lo pretérito que se anuncia; el terrible pretérito; los días y los años que van a pasar; la ciudad que va a seguir su evolución; otros hombres y otras mujeres que van a sucederse. Pero inmortal, indeleble, por encima de todo, sujeta con todas nuestras fuerzas, la sonrisa de Adelita Tortosa; Adelita, que sonríe con candor; Adelita, que es el símbolo, como la Angela de la comedia, de la eterna bondad humana que vence al tiempo y al espacio.

Adela Tortosa Giménez *(Angelita)*.

PERSONAJES DE TODA LA OBRA

Angelita.....	Adela Tortosa Giménez.
Celia.....	Carmen Rico Pérez.
Antonia.....	Elena Albert Cabanes.
La Primera Angela...	Maruja Calpena Pérez.
La Segunda Angela...	Remedios Pérez.
La Tercera Angela....	Carolina Amo Amo.
El desconocido.....	Antonio Alfonso Vidal.
El Dr. Javaloyes.....	José Ros Blanes.
Don Leandro.....	Juan Vicent Giner.
Carlos.....	Francisco Navarro Rico.
Iborra.....	Francisco Pérez Verdú.
Gaminde.....	Antonio Rico Jara.
El hermano Pablo.....	Queremón Alfonso Prats.
Valentín Bustelo.....	José Martínez Payá.
Una nodriza.....	N. N.

Director artístico
Martín Perea Martínez

Director de escena
José Ros Blanes

Primer apunte
José Alfonso Vidal

Segundo apunte
José Esteve Aguilar

Electricista
Miguel Berenguer Serrano

Escenógrafo
José Rovira (de Valencia)

Fué estrenada Angelita en el Teatro Principal, de Monóvar, el 10 de mayo de 1930.

Intérpretes y auxiliares que se nombran en el reparto

ACTO PRIMERO

PERSONAJES DEL ACTO PRIMERO

ANGELITA
EL DESCONOCIDO
CELIA
DON LEANDRO
CARLOS
UNA NODRIZA

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de campo, bosque o jardín. ANGELITA y EL DESCONOCIDO. Angelita sale por un extremo leyendo un libro. El Desconocido aparece por el otro lado leyendo otro libro. Van marchando los dos lentamente. Al estar cerca uno de otro, Angelita da de pronto un grito y deja caer el libro.

ANGELITA

¡Ah!...

EL DESCONOCIDO

(Que ha recogido el libro que ha dejado caer Angelita.)

Perdone usted, señorita.

ANGELITA

No, no; usted es el que ha de perdonar.

EL DESCONOCIDO

Perdonada, señorita.

ANGELITA

No sé lo que me pasa.

EL DESCONOCIDO

Tranquilícese usted.

ANGELITA

Temor, no tengo.

EL DESCONOCIDO

¿Entonces?

ANGELITA

Es raro lo que me sucede; estoy aquí hablando con un desconocido, como si lo hubiera conocido toda la vida.

EL DESCONOCIDO

Eso me pasa a mí también; pero yo la conocía a usted antes.

ANGELITA

¿Que me conocía usted?

EL DESCONOCIDO

Y voy a decirla a usted otra cosa. Cuando la he encontrado iba leyendo el mismo libro que usted.

ANGELITA

¡Qué casualidad! Usted no ha visto el libro que yo iba leyendo.

EL DESCONOCIDO

Pero lo sé; vea usted.

ANGELITA

¡Qué raro! Extraordinario.

EL DESCONOCIDO

Y por la misma página.

ANGELITA

Esto es diabólico.

EL DESCONOCIDO

Es usted un corazón bueno, generoso; tiene usted ilusiones; pasa usted grandes ratos leyendo; se entrega usted otros a la ensoñación. Pero a veces se pone usted un poquito triste.

Acto I, cuadro I. —*Angelita* (Adela Tortosa) y el *Desconocido* (Antonio Alfonso Vidal)

ANGELITA

Es verdad.

EL DESCONOCIDO

¿Ve usted cómo soy adivino? Pues ahora le digo a usted otra cosa. ¿Me lo permite usted, Angelita?

ANGELITA

¡Mi nombre! ¿Sabe usted mi nombre?

EL DESCONOCIDO

En la vida no hay misterios para mí. Conozco su vida, Angelita; sé que es usted soltera; que vive en esa ciudad que vemos allá lejos; que quisiera usted ver realizadas de pronto todas sus ilusiones, pero que a veces tiene usted miedo de que esas ilusiones se realicen.

ANGELITA

¡Qué extraño! Parece que lee usted en un libro, el libro de mi espíritu.

EL DESCONOCIDO

Y estoy leyendo, Angelita. Y sé que su mayor preocupación es el tiempo que pasa. A veces quisiéramos retornar al pasado, y a veces quisiéramos abolir el tiempo para colocarnos de pronto en lo futuro, y nuestra vida va pasando entre la añoranza y el anhelo.

ANGELITA

Es verdad. ¡Conocer lo futuro! ¡Saber de pronto lo que guarda para nosotros este momento de la vida que se inicia y que ha de tener en la sucesión del tiempo su desenvolvimiento!

EL DESCONOCIDO

Vamos, Angelita; yo tengo por usted una

viva estimación y quiero demostrárselo. Usted lo merece; lo merece por su bondad. Yo la veo a usted en esos momentos de ensoñación, de melancolía, a solas consigo misma, en su cuartito de soltera.

ANGELITA

¡Qué extraño! ¡Parece esto un sueño! Me dice usted esas cosas y yo no las encuentro disparatadas; me parecen naturales.

EL DESCONOCIDO

Y lo son; tenga usted confianza en mí.

ANGELITA

La tengo; la prueba es que no me he marchado; que no he huído; que estoy aquí hablando tranquilamente con usted. Y con mucho gusto.

EL DESCONOCIDO

Gracias, Angelita.

ANGELITA

Quisiera preguntarle una cosa.

EL DESCONOCIDO

Usted dirá.

ANGELITA

Su nombre.

EL DESCONOCIDO

No tengo nombre. Llámeme como quiera.

ANGELITA

Usted sabe el mío.

EL DESCONOCIDO

Puede usted llamarme... el Tiempo.

ANGELITA

¿El Tiempo? ¡Qué cosa tan rara! Me hace usted reír.

EL DESCONOCIDO

Ríase usted y reiré yo también. ¡Ja, ja, ja!

ANGELITA

¡Ja, ja, ja!

EL DESCONOCIDO

¿Ve usted cómo el buen humor acaba por imponerse?

ANGELITA

Ya no tengo intranquilidad.

EL DESCONOCIDO

Mejor.

ANGELITA

Porque lo tomo todo a broma.

EL DESCONOCIDO

Y si yo le hiciera a usted una proposición, ¿la tomaría usted también a broma?

ANGELITA

Según la que fuera. ¿Me va usted a hacer el amor?

EL DESCONOCIDO

Dichoso sería yo en ese caso; pero es otra cosa la que quiero proponerle.

ANGELITA

Me tiene usted intrigada.

EL DESCONOCIDO

¿Ve usted esta sortija?

ANGELITA

Un zafiro. ¡Cómo relumbra!

EL DESCONOCIDO

Un zafiro único, extraordinario, maravilloso.

ANGELITA

Maravilloso.

EL DESCONOCIDO

Pues quiero regalárselo a usted.

ANGELITA

¡Cómo voy yo a aceptar eso! Y sin conocerle.

EL DESCONOCIDO

Me conoce usted.

ANGELITA

Desde hace unos minutos.

EL DESCONOCIDO

Toda una eternidad. ¿Le parece a usted poco? Tenga la bondad, señorita; pruébeselo usted; vea si le está grande o pequeño.

(Cogiéndole cariñosamente la mano y poniéndole la sortija.)

ANGELITA

¡Qué bonita es! ¡Cómo brilla este zafiro!

EL DESCONOCIDO

Es un talismán.

ANGELITA

¡Un talismán! ¡Qué horror!

EL DESCONOCIDO

No veo el motivo del horror.

ANGELITA

¡No, no lo quiero!

EL DESCONOCIDO

Si usted lleva ese talismán, vencerá usted al tiempo; el tiempo no existirá para usted.

ANGELITA

¿Cómo puede ser eso?

EL DESCONOCIDO

Usted desea a veces, como todos los mor-

tales, adelantar unos meses, unos años, para que se realice una esperanza, una ilusión; querría usted que hubiera pasado el tiempo. Pues bien; dé usted una vueltecita al anillo en el dedo, y ha pasado un año; da usted otra vueltecita, y ha pasado otro año.

ANGELITA

Usted me engaña.

EL DESCONOCIDO

¿Tengo yo cara de engañar?

ANGELITA

¡Jesús! ¡Dios mío!

EL DESCONOCIDO

¿Qué le pasa a usted?

ANGELITA

Que había creído ver en su cara, de pronto, no sé qué cosa.

EL DESCONOCIDO

¡Ja, ja, ja! Querida Angelita, no sea usted niña.

ANGELITA

¡Qué bonita sortija! ¿Decía usted que dándole una vuelta en el dedo?...

EL DESCONOCIDO

Así; perdone usted; ahora no pasa nada. Así, le hace usted dar una vuelta, y ya está.

ANGELITA

¿Un año?

EL DESCONOCIDO

Justo; pero cuando pase un año usted no se acordará de nada; es decir, que habrá pasado un año y todo alrededor de usted habrá cambiado; pero usted no recordará nada de cuanto haya ocurrido; será como si despertara usted de un sueño.

ANGELITA

¡Pasar el tiempo! ¡Hacer pasar el tiempo! ¡No saber nada! ¡Y encontrarse de pronto con algo que se desconocía! ¡Qué bonito y qué espantoso!

EL DESCONOCIDO

¡Angelita, Angelita! ¡Soñadora, generosa, ingenua! ¡Angelita, Angelita, que resume en su corazón todos los anhelos, todas las esperanzas, todas las ilusiones de los hombres

sobre este grano de arena que rueda por la inmensidad de los espacios eternos!

ANGELITA

No quiero; tengo miedo y al mismo tiempo siento un vivo placer.

EL DESCONOCIDO

(Cogiéndole las manos.)

Angelita, la simpática.

ANGELITA

No.

EL DESCONOCIDO

En su cuartito de soltera.

ANGELITA

Sí.

EL DESCONOCIDO

Con sus poetas.

ANGELITA

Claro.

EL DESCONOCIDO

Riendo sin saber por qué.

ANGELITA

A veces.

EL DESCONOCIDO

Llorando sin motivo.

ANGELITA

También.

EL DESCONOCIDO

Y ahora yo, el Tiempo, un caballero desconocido, le regalo a Angelita, por su bondad, un talismán.

ANGELITA

Me engaña usted.

EL DESCONOCIDO

Y Angelita no sabe lo que hacer; pero cuando dentro de un momento, vuelva a su casa, sí lo sabrá; querrá ver si el talismán es verdadero.

ANGELITA

Voy a estar temblando.

EL DESCONOCIDO

Una vueltecita, y un año; todos los que usted quiera.

ANGELITA

Estoy impaciente; la verdad.

EL DESCONOCIDO

Pues, adiós, y siempre a sus órdenes, señorita.

ANGELITA

(Riendo.)

Adiós, señor.

EL DESCONOCIDO

¿Se acordará usted de mí?

ANGELITA

¿Y usted de mí?

EL DESCONOCIDO

Siempre.

ANGELITA

Siempre.

EL DESCONOCIDO

Yo sigo leyendo en mi libro.

ANGELITA

Y yo también.

(Se alejan leyendo cada uno en su libro; desaparecen; un breve momento; tornan a salir, y ríen.)

EL DESCONOCIDO

Adiós, adiós. ¡Ja, ja, ja!

ANGELITA

Adiós, adiós. ¡Ja, ja, ja!

Telón

CUADRO SEGUNDO

Sala; puerta en el centro; puerta a la derecha; puerta a la izquierda. En escena, ANGELITA. Angelita está leyendo en un libro; un momento; se detiene; aparta la vista del libro; contempla la sortija.

ANGELITA

¡La verdad que es bonita! Un zafiro limpio, precioso; no lo tendrá nadie igual; en esto sí que puedo decir que soy única. Y será sólo en esto. Ninguna ilusión que se realiza; ninguna esperanza que veo cumplida. Todos los días lo mismo; todos los días tedio, tristeza. Voy a leer otro poquito; quiero olvidarlo todo.

(Breve pausa. Trata de seguir leyendo, pero no puede fijar la atención.)

No puedo; no me interesa hoy este libro. Me atrae esta sortija. No creo en brujerías; al mismo tiempo, no puedo resistir al deseo de ver si es verdad lo que el Desconocido me dijo. Estoy sola y me avergüenzo de mi credulidad. ¡Qué desvarío! Pasar el tiempo; pasar los años sin sentir, y luego no acordarse de lo que se ha vivido en esos años. Si fuera así, ¡qué bonito sería! Pero todo esto es un sueño. No, un sueño, no; aquí está la sortija. ¿Tendrá la propiedad de abolir el tiempo, como me ha dicho el Desconocido? ¿Será verdad ese milagro? Nada más fácil que probarlo. ¡Ay, me siento conmovida! ¡No sé si quisiera que fuera verdad o que no lo fuera! ¡Dar un salto terrible por los años! ¡Colocarme de pronto en el término de dos años, de tres, de diez! Ahora que puedo hacerlo, tengo miedo. No lo creo y no me decido a probar. Sí, sí; voy a probar. Una vuelta en un dedo es un año; dos vueltas son dos años. Daré dos vueltas. En esos dos años que voy a hacer pasar, ¿qué habrá sucedido para mí? ¿Qué dolores, qué angustias se habrán des-

envuelto alrededor de mi persona? Dos años; vamos a ver lo que encuentro al cabo de esos dos años. Probablemente, no será verdad. Pero, en fin, haré la prueba. Allá va... Una vuelta, dos vueltas.

(De pronto, queda el teatro en tinieblas; brevísimo momento; durante la obscuridad Angelita da un grito.)

¡Socorro! ¡Qué horror!

(Otra vez la luz.)

No sé lo que ha sucedido. Y ahora, nada; no pasa nada; tenía yo razón; un desencanto más, y es natural. ¿Quién iba a creer ese disparate?

(Aparece en la puerta de la derecha una doncella, CELIA.)

CELIA

¿Llamaba la señora? Creí haber oído un grito.

ANGELITA

No, no... ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

CELIA

¿Decía la señora?...

ANGELITA

¿La señora? ¿Ha dicho usted la señora?

CELIA

Naturalmente. ¿Cómo voy a decir?

ANGELITA

¿La señora? (¡Dios mío, si me habré casado, casado sin saberlo! ¡Qué angustia!)

CELIA

¿Le pasa algo a la señora? ¿Desea la señora que avise al señor?

ANGELITA

¿Al señor? ¿Ha dicho usted al señor?

CELIA

Naturalmente: al señor.

ANGELITA

Sí, sí; al señor.

CELIA

¿Se siente enferma la señora?

ANGELITA

Estoy bien... Y diga usted... ¿el señor? (No me atrevo a preguntar nada; si pregunto me van a tener por una loca.)

CELIA

¿Manda algo la señora?

ANGELITA

Nada... Es decir, sí. Quisiera, quisiera...

CELIA

Estoy a las órdenes de la señora.

ANGELITA

(Lo mejor será despedirla; pero yo necesito saber algo de lo ocurrido; no sé qué hacer.) Oiga, ha dicho usted que el señor...

CELIA

Sí, señora. (Parece atontada hoy la señora; está como si no supiera lo que tiene que hacer y que decir.) Señora...

ANGELITA

Mire usted, yo...

CELIA

Hable la señora, no tenga reparo.

ANGELITA

(Pero si no sé lo que decir.) Le decía a usted...

CELIA

¡Qué buena es la señora! Todos me decían en el pueblo: "La Celia tendrá suerte; la

Celia encontrará en Madrid un buen acomodo." Ya ve usted.

ANGELITA

(Por lo menos, ya sé que se llama Celia; y es simpática.) Oye, Celia, me gusta tu carácter.

CELIA

Siempre me lo está diciendo la señora; la señora tiene buen corazón.

ANGELITA

(Vamos, he acertado con lo que siempre le estoy diciendo.) Tú estás a gusto en esta casa, ¿verdad?

CELIA

¡Anda! ¡Y cómo no! Y muy agradecida. ¿Recuerda la señora lo que me ha prometido?

ANGELITA

(Yo le he prometido algo, y no sé lo que es.) ¡Ah, sí!

CELIA

Anoche mismo, después de lo que pasó, me lo repitió la señora.

ANGELITA

Sí, sí; cuenta con ello.

CELIA

La señora será madrina de mi boda; pero yo no me casaré hasta que quiera la señora.

ANGELITA

(Eso es lo que le he prometido; pero no sé lo que pasó anoche.) ¿Decías, Celia, que lo que pasó anoche?

CELIA

No tenga pena la señora; no se angustie por eso.

ANGELITA

No me angustio; ya ves que estoy tranquila. (¡Dios mío! ¿Qué será lo que pasó anoche?)

CELIA

El señor tiene el genio un poco pronto; pero es bueno en el fondo.

ANGELITA

¿En el fondo? (Me he casado con un hombre que tiene buen fondo. ¡Qué horror!) El señor es bueno, Celia.

CELIA

Sólo que como está con sus preocupaciones...

ANGELITA

(¡Y tiene preocupaciones!)

CELIA

Y como lo de esta noche le tiene preocupado...

ANGELITA

(¿Lo de anoche, lo de esta noche? ¿Qué será lo de anoche y lo de esta noche?) Sí, claro. Hay que hacerse cargo.

CELIA

Eso es lo que yo digo; yo vi llorar a la señora, y lo sentí mucho.

ANGELITA

(Lloré anoche; indudablemente, tengo un marido duro, violento.) Eso no importa nada, Celia; pasa en todas las casas.

CELIA

No, si yo no digo que el señor sea malo; él siempre con sus preocupaciones.

ANGELITA

(Dale con las preocupaciones de mi marido.) Pero es bueno; no se puede negar.

CELIA

Y anoche no tenía razón el señor.

ANGELITA

Un poquito, sí tenía. (Seré generosa.)

CELIA

¿Qué importa que la señora deseara ponerse en este día el traje que llevaba hace... no sé cuánto tiempo?

ANGELITA

¿Este traje?

CELIA

Sí, ese traje pasado de moda.

ANGELITA

(Es verdad; debo de llevar el traje de hace dos años.) Caprichos, Celia.

CELIA

La señora decía que hoy era el aniversario de no sé qué cosa; el señor se reía al princi-

pio; pero luego, como la señora insistía, se puso serio.

ANGELITA

Se puso serio; ya, ya; tal como lo estás diciendo ahora.

CELIA

Tampoco le gusta al señor que esta sala esté como antes de casarse la señora.

ANGELITA

¿Como antes de casarme yo?

CELIA

Claro; la señora dice que en esta sala le ha pasado no sé qué cosa.

ANGELITA

¿Y tú lo crees?

CELIA

Perdone la señora si le digo todo esto.

ANGELITA

Habla cuanto quieras. (Cuanto más hable, más cosas sabré.)

CELIA

Toda la casa se ha amueblado de nuevo; lo sabe la señora; pero esta sala está como hace dos años.

ANGELITA

Claro, como estaba antes.

CELIA

El señor decía que se habían de cambiar estos muebles; la señora no quería.

ANGELITA

¿No tengo razón, Celia?

CELIA

Ya lo creo. Pero está más bonito el cuarto de la señora.

ANGELITA

(¿Mi cuarto? ¿Cómo estará mi cuarto?)

CELIA

Ahí sí que ha tenido gusto la señora.

ANGELITA

(Estoy deseando ver mi cuarto.) Un momento, Celia.

CELIA

¿Va la señora a su cuarto?

ANGELITA

Voy un instante.

CELIA

El señor estará para llegar.

ANGELITA

¿El señor? (¡Qué horrible es no saber cómo es el señor!) Ya le veré.

(Se marcha Angelita por la puerta izquierda.)

CELIA

La señora es buena, sí; pero no sé lo que la encuentro hoy; algo raro tiene.

(Se pone a tararear una cancioncilla, mientras arregla los muebles. Aparece DON LEANDRO *tarareando también una canción. Don Leandro, anciano, aire jovial.)*

DON LEANDRO

¿Dónde está esa mujercita sin par? Celia, buena Celia, dime, ¿dónde está la maravillosa mujer a quien busco?

CELIA

El señor siempre de buen humor.

DON LEANDRO

¿Siempre de buen humor? Eso quisiera yo; no lo creas, Celia amiga.

CELIA

Claro que el señor tendrá sus ratitos desagradables; pero esos los tenemos todos.

DON LEANDRO

Me gusta tu filosofía; adelante por ahí; serás feliz. Nadie te ganará a estoicismo.

CELIA

¿A qué, señor?

DON LEANDRO

A una cosa que tienen pocos y que vale mucho. Tan, tarán, tan...

CELIA

Tan, tarán, tan.

DON LEANDRO

¿Y la señora? ¿Estará en su cuarto?

CELIA

Sí, señor.

DON LEANDRO

Pues allá voy. La verdad que ha tenido suerte mi hijo. Casarse con una mujer como Angelita, tan buena, tan simpática.

CELIA

Con permiso del señor.

DON LEANDRO

Adiós, sin par Celia; Celia la pueblerina, única representación perfecta del pueblo español. Tan, tarán, tan...

CELIA

Gracias, gracias, señor. Tan, tarán, tan...

(Se marcha por la derecha.)

DON LEANDRO

Buena es Angelita. ¿Un poco soñadora? Sentí el disgustillo de anoche. Abolir el tiempo. Sí, abolir el tiempo. Cosa grande. Saltar hacia el futuro; pero sería mejor abolir el pasado. El pasado que pesa sobre nosotros y nos lleva sin querer hacia lo porvenir; el pasado, que es el que manda en el presente. Después de todo, esta muchacha tiene razón. Hay momentos en la vida en que quisiéramos ponernos de un salto en dos, tres, diez, veinte años más adelante. Ya está aquí la abolidora del tiempo.

(*Aparece* ANGELITA.)

Buenos días, querida Angelita.

ANGELITA

(¡Dios mío!, ¿quién será este señor?) Buenos días.

DON LEANDRO

¿Un poco triste?

ANGELITA

No tengo motivo. (Mi marido; sí, mi marido.)

DON LEANDRO

¿En qué piensas?

ANGELITA

En nada.

DON LEANDRO

En nada no se puede pensar.

ANGELITA

Pienso, pienso... (¡Si yo le dijera en lo que estoy pensando!)

DON LEANDRO

(Poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.)

Abolir el tiempo, Angelita; hacer que pase el tiempo sin que lo sintamos nosotros.

ANGELITA

(¿En qué habré estado yo pensando para casarme con este hombre?) ¿Decía usted?

DON LEANDRO

Decía que tienes razón; tu empeño es noble.

ANGELITA

(Me da la razón; no veo su mal carácter.) ¿Mi empeño? Yo no tengo ninguno.

DON LEANDRO

Sí, Angelita, querida, sí; caminar por la vida; sufrir contrariedades; tener amarguras, esperar, esperar siempre.

ANGELITA

(Pues parece bueno.) Sí, esperar siempre.

DON LEANDRO

Te encuentro hoy de un modo un poquito rara.

ANGELITA

¿Un poquito rara?

DON LEANDRO

Y repites maquinalmente todo lo que yo te digo, como si no supieras decir nada. ¿Te ocurre algo? Dímelo; lo de anoche ya pasó; ya ves que yo te doy la razón.

ANGELITA

(¡Qué angustia! ¡Estar al lado de este hombre, que es mi marido, y sentirme extranjera a él!) Yo no sé lo que me sucede en estos momentos.

DON LEANDRO

Siéntate; ten confianza conmigo. Háblame con el corazón en la mano.

ANGELITA

(No, malo no es; viejo, sí; pero bondadoso.)

DON LEANDRO

No estés ensimismada. ¿Qués es lo que puede causarte desagrado?

ANGELITA

(¡Qué trance tan angustioso!) La vida es placentera para mí.

DON LEANDRO

¿Pues entonces? Ya comprendo; nadie es tan feliz que no desea alguna vez zafarse de la realidad que le rodea; pero la realidad, querida Angela, nos tiene prisioneros. ¿Y sabes tú lo que yo hago? Me río de todo; es decir, procuro reírme. Reírme y olvidar.

ANGELITA

(Es buenísimo.) Con ese carácter, ¿quién no está contento?

DON LEANDRO

Naturalmente. Pero ¿es que tú crees que yo no tengo mis tristezas también?

ANGELITA

Estoy ahora un poco más contenta.

DON LEANDRO

¿Lo ves?

ANGELITA

(Aprovecho la ocasión; quiero estar sola.) Tengo que hacer no sé qué cosas en mi cuarto.

DON LEANDRO

Pues si tienes que hacer no sabes qué cosas, yo tengo que hacer otras también. Adiós, hasta luego, querida Angela.

ANGELITA

Con permiso.

DON LEANDRO

Lo tienes.

(Se marcha Angelita.)

Cosa extraña; el alma femenina es un misterio. Angelita está hoy como no la he visto nunca; algo le sucede. He tratado de reanimarla, como me reanimo a mí mismo, pero no lo he conseguido; se animaba un poco, sonreía, y al momento tornaba a estar ensimismada.

(Aparece bruscamente CARLOS. *Con bastón y sombrero. Anda por la*

escena nervioso; golpea los muebles con el bastón. CELIA *le ha seguido, y se queda en el umbral de la puerta.)*

CARLOS

Estoy fastidiado, cansado, exasperado, reventado, indignado.

DON LEANDRO

Oye, Carlitos, tu mujer...

CARLOS

¿Qué haces ahí, Celia? ¿Tienes un biombo? ¿Tienes tú, papá, un biombo? ¿Quién me podrá proporcionar a mí un biombo? ¡Un biombo! ¡Un biombo, que traigan un biombo!

(Se marcha Celia.)

DON LEANDRO

Oye, Carlitos, tu mujer...

CARLOS

¡Cosa estúpida, absurda, increíble! ¡No encontrar en todo Madrid un biombo; toda la mañana buscando un biombo! Se lo dije hace dos días al maquinista; se lo he repetido a Faráldez; se lo he vuelto a decir al empresario. Pero en estos teatros de Madrid todo lo dejan para última hora.

DON LEANDRO

Oye, Carlitos...

CARLOS

Ayer, en el ensayo general, me dijeron que estaría para hoy el dichoso biombo; pero he telefoneado esta mañana, y no lo tienen. ¿Cómo va el personaje que está en el despacho a percatarse de que detrás del biombo hay un hombre escondido? Ha de ser un biombo que no llegue al suelo.

DON LEANDRO

Bien, Carlitos, oye...

CARLOS

Que no llegue al suelo, que sea de esos biombos que están sostenidos por unos pies; así se le pueden ver los pies, claro, al que está escondido detrás; de otro modo, imposible. Pero no hay en todo Madrid más que biombos que llegan hasta abajo. Y yo avisé ha tiempo para que se construyera uno.

DON LEANDRO

Oye, Carlos, hijo...

CARLOS

Ni hijo ni Espíritu Santo. Papá, ya lo sabes; cuando tengo estreno me pongo como loco.

DON LEANDRO

Ya lo veo.

CARLOS

Pues si lo ves, déjame.

DON LEANDRO

Te dejo.

CARLOS

Pero no quieres comprender la situación en que me hallo.

DON LEANDRO

La comprendo.

CARLOS

Pues si la comprendes, comprenderás tam-

bién el que yo me marche a un desierto, el que me haga estilita, el que me suba, por lo tanto, a una columna, y que allí pase el resto de mi vida, antes que seguir siendo autor dramático y tener que luchar con atrecistas, con actores, con empresarios, con peluqueros, con sastres, con mueblistas, con electricistas, con pintores...

DON LEANDRO

Y con críticos.

CARLOS

Eso; con demonios coronados. ¡Un biombo; un biombo que no llegue hasta abajo! Y una actriz que no se empeñe, como Pacita Durán, en decir de una manera lo que es de otra. Papá, por Dios, atiende; no me abandones tú también; no tomes a broma lo que es muy serio.

DON LEANDRO

No te abandono, Carlos; estoy atento a lo que dices.

CARLOS

Pero estás atento por complacerme.

DON LEANDRO

Por lo que quieras; pero estoy atento.

CARLOS

¿Tú crees, papá, que una mujer que ha de fingir que no conoce a su marido ha de poner la cara que pone Pacita cuanto ve entrar a su marido?

DON LEANDRO

Hijo, Carlos; yo no sé la cara que ponen

las mujeres cuando no quieren conocer a sus maridos.

CARLOS

Pero debes figurártelo.

DON LEANDRO

Bueno; me lo figuro.

CARLOS

Pacita Durán se empeña en no figurárselo. La situación es clara; la mujer ve al marido y finge que no le conoce. Ya comprendes la psicología del personaje. Digo, creo que la comprendes; has leído la obra.

DON LEANDRO

La comprendo.

CARLOS

Ella padece como ausencias de sentido; es una soñadora; en esos momentos aparece absorta, como distante de la escena. Además, sí, además, y esto es lo que no quiere comprender Pacita; además, señor mío; además, es que ella tiene también interés en no reconocer a su marido. Y su marido, ¿qué hace? Pues finge también que no conoce a la mujer. ¿Comprendes, papá?

DON LEANDRO

Comprendo.

CARLOS

Pero no comprenderás la tozudez de Pacita.

DON LEANDRO

Bueno, Carlos, hijo mío, oye. Tu mujer...

CARLOS

¡Mi mujer! Pero ¿estoy yo ahora para los pleitos de mi mujer? ¿Tengo yo cara de ocuparme de los dichos y hechos de mi mujer?

DON LEANDRO

Tan, tarán, tan...

CARLOS

Insoportable, inaguantable, insufrible. Me ves ahora más preocupado que en ninguno de mis estrenos, más fastidiado, más exasperado, y te pones a cantar. Bien, papá, bien. No; lo esperaba de ti.

DON LEANDRO

Y si tú estás hecho un energúmeno, ¿qué culpa tengo yo?

CARLOS

¡Un energúmeno! Encima, me insultas.

DON LEANDRO

Tan, tarán, tan...

CARLOS

¡Maldito oficio! Es mejor arrancar piedras con los dientes. El atrecista, el sastre, el mueblista, el empresario, el peluquero...

DON LEANDRO

Y el crítico.

CARLOS

Un biombo. ¿Hay quien me pueda proporcionar un biombo?

DON LEANDRO

Me voy. ¿Y el niño?

CARLOS

¿El niño? Lo habrá sacado el ama, como todas las mañanas. El niño, el heredero de todas mis estupideces, de mis sandeces, de mis memeces. Si sigue el oficio del padre...

DON LEANDRO

Pues yo voy a ver si lo encuentro de regreso de su paseo. Tan, tarán, tan...

CARLOS

Y yo me voy a marchar también.

(Se marcha Don Leandro.)

De veras que estoy cansado; más que de correteo por Madrid, de la emoción, del gasto

nervioso. ¡Ay, qué bendito teatro! ¡Y qué estrenito el de esta noche!

(*Aparece en la puerta* ANGELITA.)

ANGELITA

Caballero.

CARLOS

Señora.

ANGELITA

(¿Quién será este hombre?)

CARLOS

(Mi mujer quiere, como otras veces, representar la escena difícil.)

ANGELITA

Tenga la bondad de sentarse.

CARLOS

Gracias.

ANGELITA

Deje el sombrero.

CARLOS

Gracias.

ANGELITA

Usted dirá.

CARLOS

Necesito un biombo.

ANGELITA

En casa de un mueblista lo encontrará usted.

CARLOS

No los hay en casa de los mueblistas.

ANGELITA

(Este hombre está loco.)

CARLOS

(¡Qué expresión tiene!)

ANGELITA

Pues mande usted fabricar uno.

CARLOS

No tengo tiempo.

ANGELITA

Yo no puedo hacer nada.

CARLOS

Necesito a toda costa un biombo.

ANGELITA

(No conviene irritarlo.) Lo deploro.

CARLOS

Yo también. Es cosa rara que en todo Madrid no se encuentre ese mueble.

ANGELITA

Sí, es raro. (Le llevaré la corriente.)

CARLOS

El que yo quiero no ha de llegar hasta abajo.

ANGELITA

¿Por qué lo quiere usted así?

CARLOS

Para que se le vean los pies al que está detrás.

ANGELITA

(¡Qué locura tan rara!) ¿Y qué tenemos con que se le vean los pies o no se le vean?

CARLOS

Porque viéndosele los pies, se sabe que está detrás escondido. (Angelita está admirable.)

ANGELITA

Puede el que está escondido estornudar o toser.

CARLOS

Señora, ese es un recurso gastado.

ANGELITA

No tengo otro, caballero.

CARLOS

Pues yo repito mi demanda: si no hay biombo, no hay estreno.

ANGELITA

(¡Qué disparate!) En esta casa no lo hay.

CARLOS

Pero hay una mujer inteligente que puede ayudar a su marido.

ANGELITA

¿En qué forma puede esa mujer ayudar a su marido?

CARLOS

Saliendo con él a buscarlo.

ANGELITA

¿Y eso es todo lo que tenía usted que decirme?

CARLOS

¿Le parece a usted poco?

ANGELITA

Pues llamaré a la mujer a quien usted se refiere.

CARLOS

¡Ja, ja, ja! Señora, me hace usted reír.

ANGELITA

Ríase usted.

CARLOS

¿Y usted no se ríe?

ANGELITA

He estado riéndome toda la mañana, y no tengo más ganas.

CARLOS

¿Y usted se ríe cuando su marido está en los propios infiernos?

ANGELITA

(Loco rematado.) ¿Quién le ha contado a usted esas patrañas?

CARLOS

¿No me tiene usted presente?

ANGELITA

¿Y qué tengo yo con que esté usted presente?

CARLOS

Porque yo, señora, soy su marido.

ANGELITA

Y a mí, caballero, no me da la gana de ser su mujer.

CARLOS

Usted bromea.

ANGELITA

Lo digo muy seria.

CARLOS

(Angelita está colosal.)

ANGELITA

(Bromas de estas no se las tolero yo a este tío.)

CARLOS

Vaya, señora, veo que no quiere usted conocerme.

ANGELITA

Tenga usted la seguridad de que no le he visto en mi vida.

CARLOS

¿De veras, preciosa?

ANGELITA

Piropos, no; no se propase usted.

CARLOS

¿Y si me levantara y le diera a usted un beso?

ANGELITA

Yo le daría a usted una bofetada.

CARLOS

(Creo que debe terminar la escena.)

ANGELITA

(Voy a llamar; este hombre me acomete.)

CARLOS

Pues si usted no lo toma a mal, voy a hacer lo que he dicho.

ANGELITA

Si usted se acerca, doy gritos.

CARLOS

¿Serán los gritos de las comedias?

ANGELITA

Serán gritos para que acuda gente y le tiren a usted por la ventana.

CARLOS

¿De veras?

ANGELITA

Todo tiene sus límites. Puede usted marcharse.

CARLOS

¡Bravo, bravo, Angelita!

(Haciendo ademán de levantarse para abrazarla.)

ANGELITA

¡Socorro, socorro!

CARLOS

Vamos, Angelita, ya está bien; basta, basta.

ANGELITA

¿Quién es usted? ¡Fuera de esta casa!

CARLOS

Basta, Angelita, basta; te digo que ya está bien.

ANGELITA

¡Caballero, salga usted!

CARLOS

¿Pero es que quieres que me incomode de veras? ¡Un abrazo!

ANGELITA

¡Socorro! ¡Auxilio!

(Aparece en el fondo DON LEANDRO *con un niño de pecho en brazos; viene detrás el ama.)*

DON LEANDRO

¿Qué es esto? ¿Estáis riñendo? Mira qué hermoso, Angela.

UNA NODRIZA

Déjemelo, señor; yo lo tomaré.

ANGELITA

(¿De quién será este niño?)

Acto I, cuadro II. - *Angelita* (Adela Tortosa), *Carlos* (Francisco Navarro Rico), *Don Leandro* (Juan Vicent Giner) y *Celia* (Carmen Rico Pérez)

CARLOS

(Cogiendo el niño y entregándoselo a Angelita.)

Toma, Angelita.

ANGELITA

(Tomando el niño.)

Muy hermoso.

UNA NODRIZA

¡Qué bonito, qué bonito!

ANGELITA

(¿Será mío?)

CARLOS

Estás como pasmada.

DON LEANDRO

Como si no conocieras a tu hijo.

ANGELITA

¡Mi hijo! Sí; hermoso, hermoso; mi hijo...

Telón

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PERSONAJES DEL ACTO SEGUNDO

Angelita.
Carlos.
Doctor Javaloyes.
Iborra.
Gaminde.
El Hermano Pablo.

ACTO SEGUNDO

Zaguán de casa campesina; puertas laterales y al fondo. En escena, ANGELITA, que está leyendo en un libro. Entra por el fondo, de puntillas, CARLOS; se va acercando a Angelita y por detrás le tapa los ojos con las manos.

ANGELITA

(Riendo.)

Rafaela... Doña Concha... Pepita... Carmen...

CARLOS

Poca imaginación.

ANGELITA

¿Es que crees tú que no te he conocido en seguida?

CARLOS

¿Por qué?

ANGELITA

Por el olor de tabaco de los dedos.

CARLOS

Mucha imaginación.

ANGELITA

Más que tú, que eres autor dramático.

CARLOS

Yo no he llegado a inventar el cuento del talismán.

ANGELITA

Cuento que es verdad.

CARLOS

Una vez era un desconocido; este desconocido tenía una sortija; la sortija tenía un zafiro; el zafiro tenía la propiedad de abolir el tiempo.

ANGELITA

Una vez era una mujer a quien le gustaban los poetas; se le presentó un caballero; el caballero...

CARLOS

Etcétera, etcétera.

ANGELITA

No necesitas que te lo explique.

CARLOS

La centésima vez.

ANGELITA

Todas las que quieras.

CARLOS

No convencerás a nadie.

ANGELITA

Ni me importa.

CARLOS

La mujer que estuvo dormida cuatro años.

ANGELITA

Mientras vosotros vivíais.

CARLOS

¿No te parece eso un absurdo?

ANGELITA

No me lo parece, Carlos. ¿No estamos muchas veces como ausentes de la vida? De pronto, nosotros, que vivimos ajenos a lo que nos rodeaba, sentimos que renacemos; una fuerza desconocida alienta en nosotros; lo que antes no sentíamos, lo sentimos ahora; cosas que nos eran indiferentes, no nos causan ahora repugnancia o placer. Es, querido Carlos, que acabamos, al cabo de los años, de nacer a la verdadera vida.

CARLOS

Pero eso es un fenómeno de psicología; no es estar fuera materialmente del mundo.

ANGELITA

¿Y quién te dice a ti que el ensueño no sea la realidad, y la realidad no sea el ensueño? Cuando dormimos, ¿nos acordamos de las imágenes que han pasado?

CARLOS

Te escapas como una bolita de azogue entre los dedos.

ANGELITA

Escaparse de la realidad, ¿quién no lo desea? ¿Lo querrías tú?

CARLOS

Yo, querida Angela, estoy prisionero de las imágenes que creo.

ANGELITA

Prisionero de tus personajes. ¡Acudan, acudan a ver a un hombre que fabrica damas y caballeros, y luego todos mandan en él!

CARLOS

¡Tu talismán! ¡Si fuera cierto! Dame ese anillo; míralo en mi dedo; doy... ¿Cuántas vueltas quieres que dé? Dos, tres, cuatro, cinco...

ANGELITA

Las que quieras; no pasa nada; tú no eres amigo de los poetas; tú no eres más que un autor dramático.

CARLOS

¿Qué pasará en esta casa dentro de cinco

años? Contesta, zafiro mágico. El zafiro no contesta.

ANGELITA

El zafiro, en mi dedo, contestaría.

CARLOS

Dentro de cinco años y en esta mansión campestre; el futuro de un lustro. ¿Qué puede haber sucedido aquí donde estamos nosotros?

ANGELITA

Podremos estar aquí nosotros como ahora.

CARLOS

Poca imaginación.

ANGELITA

Podremos haber vendido esta casa.

CARLOS

¿A quién?

ANGELITA

¿A quién? A un matrimonio compuesto de un señor viejo y una señora joven.

CARLOS

Comienza el drama o la comedia; arriba el telón.

ANGELITA

El matrimonio vive tranquilamente.

CARLOS

No tiene talismán.

ANGELITA

Pero la señora...

CARLOS

Vas a caer en el eterno enredo del joven romántico que ama a la esposa de un viejo avaro.

ANGELITA

No, no; por los alrededores se ha notado la presencia de un apuesto mancebo. Y ese mancebo, si no es el amante, es un hijo oculto, clandestino, de la señora.

CARLOS

Eso es; ¡imaginación, imaginación!

ANGELITA

¿A eso le llamas tú imaginación? ¡Pobre autor dramático!

CARLOS

Pobre autor, que por no escuchar los reproches de su mujer se va a tomar el fresco.

ANGELITA

Mañana deliciosa.

CARLOS

No quisiera saltar, querida Angelita, de esta mañana tan pura y radiante, a otra mañana futura.

ANGELITA

¡Saltar el tiempo! ¡Retroceder en el tiempo! ¡Avanzar en el tiempo! Todo, Carlos, es lucha con la realidad que nos rodea; ascensión a otra esfera, que esperamos que sea mejor, y que es seguramente igual. Pero la ilusión ya

no nos la quita nadie; y ese momento de ilusión que hemos vivido, es la verdadera vida.

CARLOS

Con Dios, Angelita; tú me perturbas la vida de autor. Me haces pensar: cosa vitanda. Abur, y que te vaya bien con tus poetas; yo me voy a pasear tranquilamente por el campo.

(Se marcha Carlos. Breve pausa; Angelita se sienta y lee. Aparece en la puerta del fondo Carlos, que con voz suave dice:)

Angelita.

ANGELITA

Carlos.

CARLOS

¿Nos vamos a despedir tan fríamente?

ANGELITA

Tienes razón.

CARLOS

¿Vas a dar el salto de los cinco años?

ANGELITA

Si tú quieres.

CARLOS

Entonces, querida Angela, un abrazo de despedida.

ANGELITA

Fuerte.

CARLOS

Muy fuerte.

ANGELITA

¡Ja, ja, ja!

CARLOS

¡Ja, ja, ja!

ANGELITA

Vaya una broma.

CARLOS

Somos dos niños.

ANGELITA

¿Sabes tú, Carlos, lo que será el mundo dentro de mil millones de trillones de siglos?

CARLOS

¡Qué horror! Me quitas las ganas de trabajar.

ANGELITA

No; confiemos en esta masita de barro que se llama la especie humana.

CARLOS

¿Para eso había yo vuelto desde el campo?

ANGELITA

Ya no hablaré de estas cosas.

CARLOS

Cuando llegues al término de tu viaje, escribe.

ANGELITA

Y enviaré recuerdos para todos.

CARLOS

¡Que te diviertas!

ANGELITA

Mientras tú viajas por los espacios desconocidos.

CARLOS

Adiós, Angela, que te vaya bien.

ANGELITA

Adiós, Carlos.

(Se marcha Carlos; en la puerta le despide Angelita; con la mano le

manda adioses durante un momento. Después regresa a su sitio lentamente; coge el libro; procura leer, y de pronto rompe en un llanto entremezclado de sollozos.)

¡Adiós, adiós! Me apoyo en él, en su bondad, en su optimismo, para reaccionar contra mí misma y entrar más hondo en mi propia personalidad. Siento un ansia profunda de anular lo desconocido. En la vida el dolor nos rodea; está junto a nosotros, antes de que nosotros lo veamos; gozamos de un momento de serenidad, y no podemos sospechar que ya en ese instante ha entrado en nuestra vida el incidente doloroso que nos ha de hacer llorar. Yo quiero hacer pasar sobre ese tiempo en que lo desconocido se ha iniciado ya en nuestra existencia; ansío llegar sin temor al resultado final; quiero no ser juguete de esa fatalidad misteriosa. Si se ha de realizar el drama, deseo saberlo desde el primer instante. Y por eso anulo el tiempo y salto los años... Un año, dos años, tres años, cuatro años, cinco

años. Las cinco vueltas del anillo ya están dadas.

(Momento de obscuridad; grito de Angelita. Se hace de nuevo la luz. Angelita permanece absorta.)

Todo está igual que antes; no se oye ningún ruido; la misma luz; el mismo silencio; las mismas cosas. ¡Es raro! Diríase que la casa está abandonada; no tendrá ya virtud este zafiro. Estoy sin saber qué hacer. Sería curioso que después de tanta esperanza, no sucediera nada. Voy a ver por el jardín.

(Se marcha lentamente. Breve pausa. Aparece por la puerta del fondo el DOCTOR JAVALOYES*; viene con bastón y sombrero.)*

EL DOCTOR JAVALOYES

¡Gaminde, Iborra!

(Llamando en las puertas laterales.)

¡Iborra, Gaminde! Una señora en el jardín. No me he fijado bien; voy a ver.

(Vuelve a la puerta del fondo y observa durante un momento.)

Una señora paseándose por el jardín; no es de casa; será una enferma que espera la consulta.

(Vuelve a las puertas laterales y torna a llamar.)

No sé cómo estoy; mala noche; noche terrible; preocupación de escrúpulos; preocupación de preocupaciones; telas de araña... Iré a mi despacho, o esperaré aquí. ¡Iborra, Gaminde!... Una señora paseándose tranquilamente en esta bella hora matinal... Debí ver al pasar; debo ir ahora. No; ahora, no. Ya está aquí Iborra; ya está aquí Gaminde.

(Aparecen IBORRA *y* GAMINDE, *uno por la derecha y otro por la izquierda.)*

GAMINDE

Buenos días, maestro.

IBORRA

Buenos días.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Novedades?

GAMINDE

Nada de particular.

EL DOCTOR JAVALOYES

Vamos a ver; celebremos un breve consejo; aquí o en la Dirección; vamos a la Dirección; o si no, sentémonos aquí; esto está encantador.

GAMINDE

Donde usted quiera.

EL DOCTOR JAVALOYES

Siéntese, Gaminde; siéntese, Iborra. Yo, de pie; o si no, me sentaré también; pero estoy mejor de pie.

GAMINDE

Como usted guste, querido maestro.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Maestro de qué? Ustedes saben más que este pobre doctor.

GAMINDE

Perdone usted.

EL DOCTOR JAVALOYES

A lo que íbamos; se me ha ocurrido esta

noche una cosa. Y es que el mes próximo se cumplen los cuatro años de la fundación de este sanatorio. ¿No es eso?

GAMINDE

En efecto, cuatro años.

EL DOCTOR JAVALOYES

Y tuvimos suerte en encontrar esta casa. Admirable serenidad; silencio; luz. Esta casa campesina, como antes. Sin tocar nada en ella.

GAMINDE

Así lo quiso usted.

EL DOCTOR JAVALOYES

Es sencillo esto.

GAMINDE

Da una idea de paz campestre.

EL DOCTOR JAVALOYES

Paz campestre; con estos muebles sencillos, toscos. ¿Para qué queremos los muebles complicados? Detrás de esta casa, ya tenemos el amplio pabellón nuevo. Mi idea, a los cuatro años de funcionar el sanatorio, una memoria.

GAMINDE

Excelente idea.

IBORRA

Debemos resumir en ella nuestros trabajos; es decir, los trabajos de usted, querido maestro.

EL DOCTOR JAVALOYES

No, no; protesto mil veces; sin ustedes, sin

la colaboración de ustedes, yo no hubiera hecho nada. Memoria sucinta, exacta, sin palabrerías vanas. Usted, Gaminde, puede trazar el borrador; que le ayude Iborra; y luego yo pondré unos toques.

GAMINDE

Pero usted podría escribirla mejor que nosotros.

EL DOCTOR JAVALOYES

La escribiremos todos; colaboraremos en ella como colaboramos aquí. Historia del sanatorio. No nombrar al doctor Javaloyes, es decir, a mi persona.

GAMINDE

Eso es absurdo.

IBORRA

No puede ser.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Por qué? La ciencia sola; los resultados adquiridos, solos. Historia exacta del sanatorio; compra de esta casa hace cuatro años.

GAMINDE

¿De quién era esta casa?

EL DOCTOR JAVALOYES

No lo sé; es decir, lo sé; yo se la compré a un bolsista.

GAMINDE

¿No fué antes de Carlos Gozálbez?

IBORRA

Hace cinco años, o poco menos.

EL DOCTOR JAVALOYES

Bueno, no importa ese detalle; reseña de la instalación; los enfermos más notables que han pasado por aquí; nuestros procedimientos terapéuticos. Elogio, cálido elogio de la luz, del silencio, de la placidez de estos lugares. Luz tan fina no la hay en niguna parte; ni se goza del silencio que aquí se goza.

GAMINDE

Tenemos en el archivo todas las historias clínicas.

EL DOCTOR JAVALOYES

Se utilizan todas; todas, no; las más notables. ¿Se puede hablar de historias clínicas tratándose de un sanatorio como éste? Esto no es un sanatorio: esto es un lugar de recreo.

GAMINDE

Pues ése es precisamente su mérito.

IBORRA

El que no parece sanatorio.

EL DOCTOR JAVALOYES

Bien; exactitud y escrupulosidad.

IBORRA

Pero hay una cosa.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Dice el gran Iborra que hay una cosa?
¿Qué cosa es ésa, señor Iborra?

IBORRA

¿No la adivina el querido maestro?

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Adivinar? Yo no adivino nada; ni sé si tengo conciencia del tiempo.

IBORRA

¡Ya salió el tiempo!

EL DOCTOR JAVALOYES

Sí; ya salió el tiempo; ya salió mi chifladura.

IBORRA

Perdón, querido maestro, no lo decía con intención.

EL DOCTOR JAVALOYES

Pues yo sí lo digo; digo que no puedo librarme de esa idiotez; sí, de esa idiotez. Toda esta noche pasada... A la adivinanza: ¿qué era eso que yo tenía que adivinar?

IBORRA

Está claro.

EL DOCTOR JAVALOYES

Y si está claro y no lo adivino yo, estará obscuro.

IBORRA

El hermano Pablo.

EL DOCTOR JAVALOYES

¡Caramba, es verdad! Eso era lo que yo tenía que adivinar; el hermano Pablo.

IBORRA

El hermano Pablo, que al escribir nosotros la memoria del sanatorio, nos plantea un problema.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Un problema?

IBORRA

Claro; el hermano Pablo es elemento importantísimo del sanatorio; por el se realizan aquí muchas curas; por él acuden muchos al sanatorio. ¿Vamos a prescindir del hermano Pablo en la memoria?

EL DOCTOR JAVALOYES

Claro que no.

GAMINDE

Perdone usted, querido maestro; la memoria será un trabajo científico; el hermano Pablo no es un factor con el que pueda contar la ciencia.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Por su carácter religioso?

GAMINDE

Naturalmente. ¿Cuál es la ciencia del hermano Pablo?

IBORRA

Ninguna; pero sus curaciones son ciertas, evidentes.

GAMINDE

¿Podemos nosotros, en un trabajo científi-

fico, dar entrada a un factor ajeno a la ciencia?

EL DOCTOR JAVALOYES

Tiene razón Iborra; pero al mismo tiempo la tiene usted también, Gaminde.

IBORRA

¡Prescindir del hermano Pablo, cuando a ese hombre se deben curas tan maravillosas! Hay aquí una cuestión de orden moral que está por encima de la ciencia.

EL DOCTOR JAVALOYES

Aparte de que puede ser eso también una cuestión científica.

GAMINDE

Con permiso de usted, querido maestro; un taumaturgo, llamésmolo así, no puede ser nunca un hombre de ciencia.

IBORRA

Y sin ser hombre de ciencia, resulta que hace curas tan admirables como si lo fuera.

GAMINDE

No necesito decir por qué.

IBORRA

Sea por lo que sea.

GAMINDE

Eso no lo podemos decir nosotros.

EL DOCTOR JAVALOYES

Señores, paz; continuaremos hablando otro día; se levanta la sesión.

IBORRA

De todos modos, yo comienzo a redactar la memoria.

GAMINDE

Y yo le ayudaré.

EL DOCTOR JAVALOYES

Voy a la Dirección un momento; pueden ustedes marcharse al pabellón; o si no, esperen aquí; salgo en seguida.

(Se marcha.)

GAMINDE

¿Ha oído usted lo que ha dicho don Eladio?

IBORRA

¿Lo del tiempo?

GAMINDE

Si duramos mucho aquí vamos a volvernos locos todos.

IBORRA

¿Es que piensa usted marcharse?

GAMINDE

Estoy aquí muy a gusto. Y trabajo mucho.

IBORRA

Como yo.

GAMINDE

¡Doctor Javaloyes, maravilloso doctor; todo finura, todo generosidad, y ya tan intoxicado por una obsesión!

IBORRA

Es el primer enfermo del sanatorio.

GAMINDE

Oiga usted, Gustavo, ¿conoce usted algo reciente relativo a la idea de espacio en la infancia?

IBORRA

Cosa rara.

GAMINDE

Raro, no; estoy pensando en un trabajo y quiero prepararme.

IBORRA

¿Qué trabajo?

GAMINDE

Verá usted; usted sabe que cuando somos niños vemos las cosas, el espacio, de un modo, y después, cuando pasa el tiempo, esos espacios de la niñez, al volverlos a ver, nos parecen más pequeños.

IBORRA

Es un fenómeno conocido.

GAMINDE

Hace poco estuve yo en el colegio en que me he educado durante ocho años; no había vuelto a visitarlo desde hacía veinte. Pues bien; me quedé maravillado de lo pequeño que me pareció el patio donde jugábamos; y entonces, cuando era niño, me parecía grandísimo.

IBORRA

¿Y en eso se ocupa usted ahora?

GAMINDE

Yo quiero hacer un trabajo sobre el espacio con relación al tiempo...

IBORRA

Bueno, querido Paco, es usted un candidato más al desvarío.

GAMINDE

¿Cree usted? Será un trabajo perfectamente científico.

IBORRA

No lo dudo; pero a mí me parece más interesante el estudio de los sueños con relación

a la memoria. ¿No ha observado usted que en los sueños no tenemos memoria? Todo es una sucesión de imágenes. Vamos de una imagen en otra; cuando tenemos presente una, no nos acordamos de la anterior; la memoria no existe.

GAMINDE

Le veo a usted en la pendiente.

IBORRA

¿Cómo?

GAMINDE

En el camino de la locura.

IBORRA

No; si esto no es ningún trabajo serio; es un entretenimiento.

GAMINDE

Lo comprendo.

IBORRA

No se ría usted.

GAMINDE

No me río.

IBORRA

Me he propuesto ver si en algún sueño encuentro un resquicio de memoria.

GAMINDE

Es un deporte.

IBORRA

Es un juego que puede ser útil.

GAMINDE

Y hasta ahora no habrá encontrado usted ningún resquicio.

IBORRA

Nada; ni sombra de memoria.

GAMINDE

Siga, siga, querido Paco, y pronto, todos como el doctor.

IBORRA

¡Ah, si yo tuviera un átomo de la finura de don Eladio!

GAMINDE

De la finura sin sus desvaríos.

IBORRA

Con todos los desvaríos que usted quiera.

GAMINDE

¡Parece mentira cómo un hombre tan inteligente puede llegar a un grado tal de obsesión!

IBORRA

¡Detener el tiempo! ¡Ahí es nada!

GAMINDE

Aquí viene.

(Aparece el doctor JAVALOYES.*)*

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Han visto ustedes esa señora?

Acto II. — *Angelita* (Adela Tortosa), *el Doctor Javaloyes* (José Ros Blanes), *Iborra* (Francisco Pérez Verdín) y *Gaminde* (Antonio Rico Jara)

LOS DOS

¿Cuál?

EL DOCTOR JAVALOYES

La que está paseando por el jardín; no es de la casa.

GAMINDE

(Que ha estado mirando por la puerta del fondo.)

Es verdad; una señora en el jardín.

IBORRA

(Que mirará también.)

De casa no es.

EL DOCTOR JAVALOYES

Una enferma nueva, sin duda.

GAMINDE

Interesante figura.

IBORRA

Viene hacia aquí.

GAMINDE

El tipo es noble.

IBORRA

De una distinción natural.

EL DOCTOR JAVALOYES

Vean ustedes con qué majestad camina.

GAMINDE

Melancólica.

IBORRA

Ensoñadora.

GAMINDE

El traje un poco estrafalario.

EL DOCTOR JAVALOYES

Como corresponde a estas mujeres un poco tristes.

GAMINDE

¡Bonita introducción para una historia clínica!

IBORRA

Nos ha visto y se ha detenido.

EL DOCTOR JAVALOYES

Cuidado; nada de aparato; evitemos la impresión que podamos producirla; es esencial

ahorrar al enfermo toda emoción. Usted, Gaminde, colóquese sentado allí, leyendo. Usted, Iborra, en la otra parte, tomando notas, por ejemplo, en un papel, en un cuaderno. Yo me sentaré aquí.

(Todos adoptan las actitudes que ha indicado el doctor. Aparece en la puerta del fondo Angelita: duda un instante; los demás personajes conservan la actitud adoptada.)

ANGELITA

Perdone usted, señor...

EL DOCTOR JAVALOYES

(Que con naturalidad deja su actitud de indiferencia y se levanta para ir al encuentro de Angelita.)

Señora, pase usted.

(En la escena, Angelita y el Doctor, a la derecha; derecha del espec-

tador. Gaminde e Iborra, observando, a la izquierda.)

ANGELITA

Usted dirá que...

EL DOCTOR JAVALOYES

No digo nada; siéntese; tenga la bondad de sentarse.

ANGELITA

No sé dónde estoy; es decir, sí lo sé.

EL DOCTOR JAVALOYES

Vamos, serénese usted.

ANGELITA

No sé quién es usted.

EL DOCTOR JAVALOYES

Sí; lo sabe usted.

ANGELITA

No, no; no lo sé.

EL DOCTOR JAVALOYES

Ya lo sabrá.

ANGELITA

¡Tengo una emoción tan grande!

GAMINDE

Curioso caso.

IBORRA

Muy interesante.

EL DOCTOR JAVALOYES

Calma, calma; un poquitín de calma.

ANGELITA

¿Quién es usted? Yo quiero saberlo.

EL DOCTOR JAVALOYES

El doctor Javaloyes.

ANGELITA

¿Un doctor?

EL DOCTOR JAVALOYES

Lo sabe usted; pero no lo recordaría.

ANGELITA

Claro; eso es.

EL DOCTOR JAVALOYES

El doctor Javaloyes; y esos señores de ahí, mis ayudantes.

ANGELITA

¡Qué cosa tan rara!

EL DOCTOR JAVALOYES

Iborra, Gaminde, acérquense ustedes.

ANGELITA

¡Si supiera usted, doctor, lo emocionada que estoy!

EL DOCTOR JAVALOYES

Lo supongo, lo supongo.

ANGELITA

No lo sabe usted bien. (¿Qué habrá sido de Carlos y de mi hijo?)

GAMINDE

(A Iborra.)

Eclipses de la conciencia.

IBORRA

(A Gaminde.)

Alteraciones de la personalidad.

ANGELITA

(Quisiera preguntar por Carlos y por mi hijo; pero me van a tomar por loca.) Doctor, doctor...

EL DOCTOR JAVALOYES

No tenga usted temor; aquí estará usted como en su casa.

ANGELITA

Sí, como en mi casa; esta es mi casa; es decir, era.

EL DOCTOR JAVALOYES

Y es; tendrá usted reposo. ¿Un poco fatigada, verdad?

ANGELITA

No, enferma no estoy, doctor.

EL DOCTOR JAVALOYES

No lo está usted; tiene usted razón; aquí no hay enfermos; sólo personas que desean tranquilidad, quietud.

GAMINDE

¿Cree usted, don Eladio, que la señora estaría bien en el cuartito de los rosales?

IBORRA

Es el mejor.

EL DOCTOR JAVALOYES

Sí, en el cuartito de los rosales. Le llamamos así porque crecen al pie de la ventana unos rosales trepadores que suben hasta el alféizar.

ANGELITA

¡Qué bonito!

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Ve usted como ya se encuentra mejor?

ANGELITA

Mejor, sí; pero siempre emocionada.

EL DOCTOR JAVALOYES

Esto no es más que un sanatorio donde hay luz y silencio.

ANGELITA

¡Luz y silencio! ¡Qué agradable! Luz y silencio. Mi ideal de siempre.

GAMINDE

Ahora lo que deseábamos saber es algunos antecedentes de su enfermedad.

EL DOCTOR JAVALOYES

No; enfermedad, no; su intranquilidad.

ANGELITA

¡Si yo no estoy enferma!

EL DOCTOR JAVALOYES

Desde luego; pero ha tenido usted algún disgusto; ha padecido usted la angustia de algún dolor moral.

ANGELITA

¿Quién no tiene dolores, doctor?

EL DOCTOR JAVALOYES

Y a veces, de tanto pensar, de tanto fijar la atención en lo que va usted a hacer, no sabe ni puede hacer nada. ¿Verdad?

ANGELITA

Ahora, en este momento, cuando les he visto

a ustedes aquí, en esta casa, sí que he sentido como si se desplomara sobre mí un mundo.

GAMINDE

Con fatiga, como agotada.

ANGELITA

Cansada sí me encuentro a veces.

IBORRA

¿Cansancio sin hacer nada?

EL DOCTOR JAVALOYES

Cansada, especialmente, cuando se levanta usted por la mañana. ¿Ha tenido usted alguna desgracia de familia?

ANGELITA

Ninguna.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Ha tenido algún disgusto? Perdone usted que le haga estas preguntas; ya sabe usted que el médico es como el confesor.

ANGELITA

Ningún disgusto.

GAMINDE

¿Pero usted la sensación de agotamiento sí la siente?

ANGELITA

La siento.

IBORRA

Inhibición de ideas también tiene, querido maestro.

EL DOCTOR JAVALOYES

Sí, naturalmente; procede de un esfuerzo de la atención.

ANGELITA

¡Me dan ustedes miedo!

EL DOCTOR JAVALOYES

No exagere usted, querida señora. ¿No ve usted nuestras caras?

GAMINDE

Depresión nerviosa.

EL DOCTOR JAVALOYES

Cansancio.

ANGELITA

¡Por Dios, yo quiero marcharme!

EL DOCTOR JAVALOYES

¡Oh, qué hombres tan terribles somos! ¡Qué fieras!

ANGELITA

Fieras, no, doctor.

EL DOCTOR JAVALOYES

A ver; camine usted un poquito, desde aquí a la puerta.

(Angelita marcha lentamente hasta la puerta.)

Bien; muchas gracias. Ahora pruebe usted

a tocar allí en lo alto; nada más que tocar. A ver si llega usted; póngase de puntillas.

(Angelita trata de hacer lo que le dice el doctor.)

Perfectamente. Es usted una enferma admirable. ¿Qué digo enferma? Aquí no hay enfermos; sólo personas que pasean y gozan de la luz. Gaminde, al cuartito de los rosales.

ANGELITA

Doctor, yo quisiera hablar con usted un momento a solas.

EL DOCTOR JAVALOYES

Encantado.

ANGELITA

Y ustedes perdonen.

IBORRA

No faltaba más.

GAMINDE

A los pies de usted, señora.

(Se marchan Iborra y Gaminde.)

EL DOCTOR JAVALOYES

Ya estamos solos.

ANGELITA

Sea usted bueno, doctor.

EL DOCTOR JAVALOYES

Yo soy el que quiere pedirle a usted perdón.

ANGELITA

¿Por qué?

EL DOCTOR JAVALOYES

Por lo de antes.

ANGELITA

No comprendo.

EL DOCTOR JAVALOYES

Antes iba usted a entrar aquí y decía yo a mis ayudantes que teníamos que ahorrarle a usted una emoción; queríamos que al llegar usted nos encontrara como indiferentes a su visita.

ANGELITA

¿Y qué?

EL DOCTOR JAVALOYES

Que apenas ha estado usted en nuestra

presencia hemos comenzado a interrogarla, a escudriñar su persona, a molestarla.

ANGELITA

Y yo he tenido mucho gusto en contestar a las preguntas.

EL DOCTOR JAVALOYES

Y es que para un médico no hay tentación como un bonito caso; para un médico amante de su profesión.

ANGELITA

Ese caso soy yo.

EL DOCTOR JAVALOYES

Naturalmente.

ANGELITA

Más extraordinario de lo que usted se figura.

EL DOCTOR JAVALOYES

Lo celebro; es decir, no; perdone usted.

ANGELITA

Sí; celébrelo usted. Yo no estoy enferma; pero soy un caso rarísimo, doctor.

EL DOCTOR JAVALOYES

Lo vamos a ver.

ANGELITA

Lo verá usted ahora cuando acabe de confesarme con usted.

EL DOCTOR JAVALOYES

Simpática penitente.

ANGELITA

Gracias; pero tengo reparo.

EL DOCTOR JAVALOYES

El médico no puede extrañar nada. Hace muchos miles de años que el hombre ha hecho sobre este pedazo de tierra todo lo que tenía que hacer; después, todo han sido repeticiones.

ANGELITA

Lo mío, no; mi caso es un caso único, maravilloso.

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Me permite usted que le diga una cosa? Actúo de confesor.

ANGELITA

Dígala usted.

EL DOCTOR JAVALOYES

Sea usted un poquito modesta; piense que por muy extraño que sea su caso, ya en el espacio y en el tiempo se ha dado.

ANGELITA

¡El tiempo! ¡El tiempo! ¡Qué palabra acaba usted de pronunciar, querido doctor!

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Le asusta a usted el tiempo, el Tiempo con mayúscula?

ANGELITA

Usted va a decir que soy una loca. El Tiempo... ¡Ay, doctor, yo he anulado al Tiempo!

Acto II. — *Angelita* (Adela Tortosa), *el Doctor Jaraloyes* (José Ros Blanes), *Iborra* (Francisco Pérez Verdú) y *Laminde* (Antonio Rico Jara)

EL DOCTOR JAVALOYES

¿Cómo? Pero ¿qué dice usted?

ANGELITA

Sí, yo he anulado el tiempo. Ni más ni menos.

EL DOCTOR JAVALOYES

Pero bien; no comprendo. ¿Qué entiende usted por anular el tiempo?

ANGELITA

Yo he saltado cinco años; antes había saltado dos. Desde un momento del tiempo, yo, apoyándome en ese instante como si fuera un trampolín, he dado un salto y he ido a caer a cinco años de distancia.

EL DOCTOR JAVALOYES

Me deja usted estupefacto; no sé qué contestar a usted. Y sin embargo...

ANGELITA

Acabe usted; leo su pensamiento; diga usted que, sin embargo, ve usted cómo razono con cordura, tranquilamente, lógicamente.

EL DOCTOR JAVALOYES

Sí, sí; razona usted bien; no hay en su cerebro...

ANGELITA

Nada anormal. El anormal...

EL DOCTOR JAVALOYES

Termine usted.

ANGELITA

El anormal, el irregular, parece usted.

EL DOCTOR JAVALOYES

¡Anular el Tiempo! ¡Precipitar el Tiempo! ¡No puede ser; eso es un imposible!

ANGELITA

¿Imposible? La realidad, la verdad innegable.

EL DOCTOR JAVALOYES

¡Qué horror! Lo contrario de mi ideal; lo opuesto a todos mis afanes.

ANGELITA

Sueña usted despierto, doctor; no comprendo yo ahora lo que usted dice. Su ideal, sus afanes...

EL DOCTOR JAVALOYES

Una vez, querida señora, había un doctor; este doctor vivía en la soledad de un sanatorio puesto en la esquivez de una montaña; el silencio y la luz eran allí admirables; el aire era delgadísimo; el agua era pura y cristalina. El doctor vivía, como todos sus enfermos, en pleno goce del aire, de la luz, del silencio y del agua. El silencio no era turbado jamás por nadie. Se evitaban los más pequeños ruídos. El tiempo pasaba lento, a manera como una seda suavísima se va deslizando entre los dedos. El tiempo era allí más largo que en otras partes. Y el doctor, poco a poco, en el goce de las sensaciones puras, en la fruición de los matices, había llegado a querer detener el momento placentero que se nos escapa. Su obsesión era la de fijar el presente... y el presente se huía. Se huía para no volver más esta sombra grata que la luz forma en un muro; este tornasol de crepúsculo; ese retiñir de la campanita lejana; esta canción que

llega de loma en loma hasta nuestro oído... Se deslizaban las cosas; pasaba la vida; y el doctor se aferraba a su empeño de detener el presente y evitar el pretérito.

ANGELITA

Una vez, doctor, había una mujer amiga de leer los poetas. Sentía esta mujer la nostalgia de lo futuro. La vida está cortada por espacios terribles que separan el ensueño que imaginamos de la realidad que se halla ante nuestros ojos. De pronto, sentimos en el fondo de nuestro espíritu germinar el deseo; con ansiedad imaginamos ya en marcha nuestra persona hacia el cumplimiento de lo que deseamos; nos separa de ese hecho feliz un anchuroso espacio; detrás de nosotros hay un largo reguero de tiempo. Realizada la esperanza, ese tiempo anterior a la realización, nos pesa; en él colocamos la dulce ilusión, el deseo placentero. Y ese tiempo, que había de sernos grato en su recordación, nos amarga; porque representa, mejor que la esperanza

cumplida, una etapa de nuestra vida ya caminada. Yo he querido suprimir esos espacios y quitar así el motivo de la añoranza.

EL DOCTOR JAVALOYES

Trágico lo que he oído de sus labios.

ANGELITA

Nuestros dos deseos, nuestros dos ideales se completan. Tenemos ansia del presente.

EL DOCTOR JAVALOYES

Y los dos queremos anular el tiempo.

ANGELITA

Eternidad, doctor.

EL DOCTOR JAVALOYES

Eternidad, eternidad, querida señora.

(Se levanta para marcharse.)

ANGELITA

¿Se va usted, doctor?

EL DOCTOR JAVALOYES

Un momento, sólo un momento.

(Desaparece el doctor; un instante antes habrá aparecido en la puerta del fondo el HERMANO PABLO*; al verlo es cuando el doctor se ha levantado. Angelita, de espaldas, no lo había visto. El hermano Pablo, traje pobre, pero limpio; sin corbata; traje de labrador modesto. Avanza en silencio, sin que lo vea Angelita; se sienta; breve pausa. Tose o hace un ruido cualquiera.)*

ANGELITA

¡Ah, no había reparado!

EL HERMANO PABLO

No se moleste usted.

ANGELITA

¿Viene usted a la consulta?

EL HERMANO PABLO

Soy de la casa.

ANGELITA

¿Conoce usted al doctor?

EL HERMANO PABLO

Naturalmente.

ANGELITA

Es muy bueno.

EL HERMANO PABLO

Yo soy el hermano Pablo; no habrá usted oído hablar de mí.

ANGELITA

No, no he oído hablar.

EL HERMANO PABLO

Ya oirá usted; le contarán muchas cosas; no crea usted ninguna.

ANGELITA

¿Qué cosas?

EL HERMANO PABLO

Desvaríos. Dicen que yo he sido un hombre muy rico y que antes vestía con mucha elegancia. Ya pasó todo.

ANGELITA

¿Pero ha sido usted un gran señor?

EL HERMANO PABLO

Vanidades del mundo. Todo humo y ceniza.

ANGELITA

Tiene usted unas maneras de decir las cosas que produce... No sé cómo decirlo.

EL HERMANO PABLO

Le dirán a usted que me han sucedido tales o cuales cosas; patrañas todo. Que un día, un niño resplandeciente me dió una flor. ¿Tiene nada de particular que me encuentre un niño en un camino y que me regale una rosa?

ANGELITA

Nada.

EL HERMANO PABLO

Que un ruiseñor canta en mi ventana. ¿Es extraño que un ruiseñor cante en una ventana?

ANGELITA

No tiene nada de extraño.

EL HERMANO PABLO

Que he hecho brotar agua en un páramo. ¿Es raro que donde hay un cañaveral nazca una fuente?

ANGELITA

No.

EL HERMANO PABLO

Patrañas, desvaríos. ¿Ha oído usted al doctor hablar de su preocupación? ¿Ha oído us-

ted a los ayudantes? Todos sin punto de apoyo; todos en el aire; todos como veletas. No tienen, señora, créame usted, no tienen punto de apoyo.

ANGELITA

¿Conoce usted las preocupaciones del doctor?

EL HERMANO PABLO

¿Su obsesión de detener el tiempo?

ANGELITA

Curioso. ¿Verdad?

EL HERMANO PABLO

Y los ayudantes, cada uno con su tema del tiempo y del espacio. Yo llevo aquí algunos años; un día, rodando por el mundo, llegué

a esta montaña. Entré en el sanatorio, y ya no he salido.

ANGELITA

¿Y qué hace usted aquí?

EL HERMANO PABLO

Soy amigo de los enfermos; me profesan una amistad que yo no merezco; se marchan; me escriben; yo no tengo tiempo para contestar.

ANGELITA

¿Y el doctor no dice nada?

EL HERMANO PABLO

El doctor no me dejaría marchar si yo quisiera marcharme. Todos en el aire; todos como veletas. ¿De qué sirven las riquezas del mundo? ¿Y los honores? ¿Y las galas? ¿Y las

pasiones, que nos llevan arrastrando y no nos dejan vivir la verdadera vida? Todos con su tiempo y su espacio. Y es que no tienen un punto fijo donde apoyarse.

ANGELITA

¿Lo tiene usted?

EL HERMANO PABLO

Ese punto no está en el mundo; quien confíe en ese poder que está fuera del tiempo y del espacio, no tendrá que atormentarse; su vida discurrirá sosegada; las dudas no angustiarán su espíritu. ¿El tiempo y el espacio? ¡Los terribles problemas del tiempo y del espacio! Con poner la vista en lo alto, tendremos la noción segura de tiempo y el concepto firme de espacio.

ANGELITA

Me encanta oírle a usted; lleva usted a mi

espíritu una quietud que yo no tenía antes; mi alma toda se llena de sosiego delicioso.

EL HERMANO PABLO

Yo era un desventurado; yo caminaba por el mundo como un iluso; la ilusión que me guiaba era la vanidad. Sí, la vanidad; vanidad del traje, vanidad del renombre, vanidad de la casa rica y de los muebles elegantes, vanidad de las fiestas y reuniones mundanas. ¡Ah, qué descansado me quedé cuando pude desprenderme de esta rémora terrible! Ya pasó todo. Ya mi ideal es otro; un ideal humano. Ahora es cuando soy hombre.

ANGELITA

Yo no sé lo que siento escuchándole a usted. El ruiseñor que canta en la ventana; el niño resplandeciente que regala una flor; la fuente que mana en el erial... ¡Qué paz, qué sosiego tan intenso! Su ideal, hermano Pablo; dígame cuál es su ideal.

EL HERMANO PABLO

¿Ha contemplado usted la luz del alba? ¿Ha estado usted en un ventanita mientras la noche comenzaba a disiparse, en tanto que por Oriente iba naciendo, vacilante, un tenue resplandor? ¿Ha gozado usted de esa tenue claridad del alba y luego ha llenado sus ojos con los arreboles de la aurora? El alba es el día nuevo que se anuncia. Se sale de la noche. Como en las tenebrosidades de la vida extraviada, una luz que no conocíamos ha surgido. Cuando hemos vivido perdidos en el mundo, sumidos en el error, nos place más que nunca la luz del alba, que nos recuerda siempre nuestra resurrección.

ANGELITA

¡Sí, la luz virginal del alba! La luz fina, tenue, no maculada todavía, suave y desleída en la frescura de la noche que acaba.

EL HERMANO PABLO

¿Y ha tenido usted la vanidad de la casa, del traje, de las galas? Todo se ha visto; todo se ha experimentado; el arte nos ha llevado y traído por el mundo; el arte nos ha hecho pensar y repensar en la multiplicidad de las formas. Y un día vemos ante nosotros una mesita de pino. Una mesita sencilla; un tablero tosco y cuatro sostenes rudos. Entonces pasamos nuestra mano por la asperosidad de este tablero; meditamos un momento; consideramos que el arte no puede darnos nada superior a esta mesita. Pino sin pintar; pino tosco; tal vez oloroso con la resina. Y la mesita entra para siempre en nuestra alma. Entra para siempre y queremos verla en un cuartito de paredes blancas. Y en el cuarto de las paredes blancas un silencio inefable. La mirada en lo alto, y la seguridad firme en cuanto a los problemas del tiempo y del espacio.

ANGELITA

¡Qué bonito, querido señor!

No, no; llámeme usted hermano Pablo.

EL HERMANO PABLO

ANGELITA

¡Qué bonito, sí, hermano Pablo! La mesita de pino en el cuarto de paredes blancas. Y la luz del alba.

EL HERMANO PABLO

Y la confianza en quien no nos engañará nunca.

ANGELITA

Sí, y la confianza en quien no nos engañará nunca.

EL HERMANO PABLO

(Como inspirado.)

¿Oye usted? ¿Cuál es su nombre?

ANGELITA

Angela.

EL HERMANO PABLO

¿Oye usted, Angela?

ANGELITA

No, no se oye nada.

EL HERMANO PABLO

Sí, sí; preste usted atención; se oye una música lejana.

ANGELITA

¿Una música lejana? Sí, ahora creo oír.

EL HERMANO PABLO

¿Lo cree usted? Está usted salvada.

ANGELITA

Lo creo; creo oír una suave melodía.

(Como escuchando una música. No se debe oír nada.)

EL HERMANO PABLO

¡Qué maravilla de música!

ANGELITA

Es una melodía inefable... inefable.

Telón

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

PERSONAJES DEL ACTO TERCERO

ANGELITA.
EL DESCONOCIDO.
ANTONIA.
LA PRIMERA ANGELA.
LA SEGUNDA ANGELA.
LA TERCERA ANGELA.
VALENTÍN BUSTELO.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de jardín, bosque o campo. Breve pausa al levantarse el telón. Sale ANGELITA por la derecha. (Derecha del espectador.) Viene leyendo un libro, absorta. Al llegar a mitad de la escena se detiene. Aparece entonces por el lado opuesto EL DESCONOCIDO. Breve pausa.

EL DESCONOCIDO

¡Angela!

ANGELITA

¡Ah, el desconocido!

EL DESCONOCIDO

¿Un poquito triste, desencantada?

ANGELITA

Si lo dice usted, yo no tendré que decirlo.

EL DESCONOCIDO

¿Le ha ido a usted bien con el talismán? ¿Ha satisfecho usted todos sus deseos, todos sus anhelos, todas sus aspiraciones?

ANGELITA

Todo, todo, todo.

EL DESCONOCIDO

Y ahora, ¿qué va usted a hacer? ¿Ha acabado usted de saltar el tiempo?

ANGELITA

¿Qué voy a hacer? Soñar, divagar.

EL DESCONOCIDO

Vamos, Angelita, un poco de seriedad; si no me enfado.

ANGELITA

El tiempo no es para mí ya una tortura; yo quisiera ahora tener un deseo, una ilusión, algo en que mi espíritu se fuera enredando como en una neblina sutil, poco a poco, lentamente, con suavidad. ¿Cree usted que es mucho lo que pido?

EL DESCONOCIDO

Para mí no hay muchos ni pocos. ¿Quiere usted tener un deseo? ¿Es que el porvenir no está claro para usted?

ANGELITA

¿Mi porvenir? ¡Qué cosa tan terrible el porvenir de un ser viviente! Ni aun los más felices están seguros de la tranquilidad futura. Un detalle de nada, una briznita de hierba que se cruza en nuestro camino, y ya la ruta de nuestra vida varía; el porvenir desde aquel momento ya es otro.

EL DESCONOCIDO

¿Ve usted como yo sé más táctica que usted? Ha comenzado usted a hablar conmigo sin sombra de un deseo, y ahora ya la veo atormentada por la ansiedad.

ANGELITA

Es usted diabólico.

EL DESCONOCIDO

Todo lo contrario.

ANGELITA

Mi ángel bueno, entonces.

EL DESCONOCIDO

A una Angelita, un ángel.

ANGELITA

¿Qué pretende usted hacer?

EL DESCONOCIDO

Se halla usted en estos momentos de su vida en la encrucijada de varios caminos. Pocos son los mortales a quienes no acontece lo mismo; llega un instante en la vida humana en que, sin que lo vean los hombres, se decide su destino. Un incidente cualquiera sirve para dar rumbo a la vida; usted lo decía hace un momento. Ante usted, en este instante, en estos días, se está jugando su

porvenir. Puede usted tomar un camino o puede usted tomar otro.

ANGELITA

Ya entiendo; yo he llegado a una plazoleta en que se abren dos o tres caminitos; me siento un poco en una piedra blanca. ¿No es verdad que en las encrucijadas de los caminos hay piedras blancas para sentarse?

EL DESCONOCIDO

Para sentarse y meditar, con el brazo puesto sobre el codo y la mano en la mejilla.

ANGELITA

Perfectamente; me siento; contemplo los caminos que se alejan ante mí... ¿Cuántos ha dicho usted que eran?

EL DESCONOCIDO

¿Los de su destino? Tres.

ANGELITA

¿Y usted quiere descubrirme a mí los secretos de los caminos?

EL DESCONOCIDO

Yo pondré ante su vista cuáles son esos caminos y adónde conducen.

ANGELITA

¿Y yo podré elegir el que quiera?

EL DESCONOCIDO

Vas a ver ante ti tres Angelas Miranda; tres Angelas, que cada una te va a relatar su vida; la vida que hacen por haber recorrido uno de los tres caminos.

ANGELITA

¿Tres Angelas Miranda? ¿Tres como yo?

EL DESCONOCIDO

Cabal; tres como tú, que pasarán ante ti y conversarán contigo y te contarán sus vidas.

ANGELITA

¿Y después?

EL DESCONOCIDO

Después, no te puedo decir lo que sucederá...

ANGELITA

¿Podré yo elegir la ruta que quiera?

EL DESCONOCIDO

Por lo menos, podrás manifestar tu simpatía por una de las tres Angelas.

ANGELITA

¿No me dices más?

EL DESCONOCIDO

No puedo cambiar el plan del Universo.

ANGELITA

¡Qué desconsolada me dejas!

EL DESCONOCIDO

¡Angela, Angelita, la que supo creer y esperar! ¡Angela, la que tenía fe! Adiós, adiós, no dudes nunca del destino humano, y sigue siendo buena!

ANGELITA

Adiós, adiós, caballero desconocido, el que ha traído a mi espíritu un poquito de espe-

ranza. ¿Y es que dejándome esta lucecita de esperanza no has hecho lo más que podías hacer?

EL DESCONOCIDO

Veo que has comprendido mi misión.

ANGELITA

¡Adiós, caballero del misterio!

EL DESCONOCIDO

Adiós, Angelita. ¿Te acordarás siempre de mí?

ANGELITA

Toda la vida, toda la vida; la vida que yo procuraré dominar, la vida que yo quiero que sea serenidad y paz. Toda la vida, toda la vida...

(Telón lento, mientras Angelita pronuncia las últimas palabras.)

CUADRO SEGUNDO

Tres paredes blancas; una mesita y cuatro sillas; encima de la mesa flores dispersas. ANGELITA, en escena.

ANGELITA

¡Cuánto cuesta hacer un ramo de flores! La rosa, ¿qué me dirá a mí la rosa? ¡Antonia! ¡Qué pomposa es la rosa! Rosas de todos los colores; rosas blancas; rosas amarillas; rosas coloradas. ¡No sé por qué cortamos las flores! Esta rosita blanca estaba en su rosal; veía la aurora; veía el mediodía; veía el crepúsculo. Todo esto ha sido para ella la vida entera. La rosa roja es pasión. ¿Tendré yo todavía alguna pasión? No puedo olvidarme de la promesa del caballero desconocido. ¡Antonia! El clavel tiene un olor penetrante. No sé lo que puede decirme este clavel. Tal vez

amor, tal vez tristeza. ¿Y ese lirio, tan fino, que parece de seda? ¡Antonia! El lirio es candor; me dicen algunas veces que yo soy candorosa. ¿Es verdad, lirio blanco, que yo viví de ilusiones y de entusiasmos? ¡La vida de las flores, qué breve es! Un día, unas horas; después, poco a poco del búcaro van cayendo en silencio los pétalos. Van cayendo como caen las ilusiones. No, no; yo quiero tener ilusiones siempre. ¿No es verdad, clavel encendido? ¿No es verdad, rosa roja? ¿Y tú, el mejor de todos, lirio blanco, de seda suave? ¡Antonia!

(Breve pausa.)

¿Dónde estará esta mujer?

(*Aparece* ANTONIA.)

¡Jesús, ya era hora! ¿Estás sorda?

ANTONIA

Sí.

ANGELITA

No lo estabas antes.

ANTONIA

Lo estoy ahora.

ANGELITA

¡Rústica!

ANTONIA

¡Tonta!

ANGELITA

¿Para eso te he traído del campo?

ANTONIA

¿Para eso he sido tu nodriza?

ANGELITA

No te acomodarás nunca a la ciudad.

ANTONIA

¡Ni falta que me hace!

ANGELITA

¡Deslenguada!

ANTONIA

¡Bachillera!

ANGELITA

¡Qué buena eres, Antonia!

ANTONIA

Si no fueras tú tan generosa...

ANGELITA

¿Te acuerdas cuando yo era niña?

ANTONIA

Y cuando te subías a los árboles.

ANGELITA

¿Me subía yo a los árboles?

ANTONIA

Y yo te cogía del vestido para que bajaras.

ANGELITA

Y yo te tiraba una manzana a la cabeza.

ANTONIA

¡Cómo corrías por el campo con el pelo suelto!

ANGELITA

¡Qué bonito era mi pelo!

ANTONIA

Y ahora también; todo esparcido por la espalda, que parecía que se lo llevaba el viento.

ANGELITA

¿Crees tú, Antonia, que habrá todavía quien quiera mi pelo?

ANTONIA

Tu pelo y toda tu persona.

ANGELITA

¿Has sido tú niña alguna vez, Antonia?

ANTONIA

¿No te he dicho, Angelita, que eres una presumida?

ANGELITA

¿No sabes que yo te aborrezco?

ANTONIA

¡Y yo te tengo un odio mortal!

ANGELITA

¿Antonia?

ANTONIA

¿Angelita?

ANGELITA

¡Ay, qué impaciente estoy! No viene nadie.

ANTONIA

¿Es que crees en los cuentos de ese caballero?

ANGELITA

¿Llaman?

ANTONIA

¿No oyes?

ANGELITA

Tilín, tilín; el timbre suena con alegría.

ANTONIA

Voy a ver.

(Se marcha Antonia.)

ANGELITA

¡Señor, Señor, que tienes en tu mano la suerte de los mortales; no te olvides de mí; no abandones a esta pecadora que a tu bondad se ha encomendado y que tu misericordia ha salvado otra vez.

(Ruido de voces; algarabía en el pasillo. Aparece la PRIMERA ANGELA MIRANDA.)

LA PRIMERA ÁNGELA

¡Qué sorpresa! ¿Eh? ¡Bonito cuarto! Pero ¿qué es lo que piensas?

ANGELITA

Perdone usted; yo...

LA PRIMERA ÁNGELA

¿Cómo es eso? ¿De usted? ¿Pero no me co-

noces? Soy Angela Miranda, tu amiga de la infancia.

ANGELITA

¡Ah, sí! De la infancia...

LA PRIMERA ÁNGELA

Claro; un abrazo, Angelita. Vengo de Nueva York; estoy allí hace bastantes años; soy periodista.

ANGELITA

¿Periodista?

LA PRIMERA ÁNGELA

Sí, habla; te veo pensativa. ¿No te alegra el verme? ¡Si vieras qué vida aquella de Norteamérica! Todo rápido, intenso.

ANGELITA

Interesante; muy interesante.

LA PRIMERA ÁNGELA

No tengo un minuto de reposo; siempre en actividad; siempre de un lado para otro. Apenas duermo; apenas como; como de pie, en diez minutos. ¡Y cuántas cosas en qué pensar!

ANGELITA

Sí, sí; no tener tiempo de pensar; de pensar en cosas tristes.

LA PRIMERA ÁNGELA

El periódico lo absorbe todo; se lleva toda mi vida. Y después, las Sociedades a que pertenezco; las cosas raras de que aquí no tenéis idea. Ahora, antes de embarcar, me hicieron que me afiliara a una Sociedad para aprender

a respirar; figúrate... Anda, anímate; vente conmigo cuando regrese; no seas tonta. Yo te guiaré en aquel maremagnun.

ANGELITA

¡Dejar España! Alejarse para siempre de este pedazo de tierra en que hemos nacido y hemos visto tantos crepúsculos y hemos estrechado tantas manos amigas, que ya no podremos estrechar.

LA PRIMERA ÁNGELA

¡Vivir, vivir en perpetua acción!

ANGELITA

La acción está dentro de nosotros... Y, sin embargo, ¡cómo me tienta esa vida que desconozco! ¡Cómo me atrae la intensidad de ese vivir! Y luego, la sensación de lo desconocido; la luz que no hemos visto nunca; las formas

nuevas, las nuevas combinaciones de las cosas.

LA PRIMERA ÁNGELA

¡Así, así me gusta! Te veo ya decidida. Vaya, piénsalo; volveré; no faltaba más; tú has de venir conmigo a Norteamérica.

ANGELITA

¡La lejana América! Sí; quisiera verla desde lejos, sin dejar España.

LA PRIMERA ÁNGELA

No, no; desde cerca; has de venir conmigo. Adiós, adiós.

ANGELITA

Acaso; tal vez...

LA PRIMERA ÁNGELA

Vendré pronto; no me olvides.

ANGELITA

Adiós. Antonia acompaña a esta señora.

(Aparece ANTONIA; *se marcha la Primera Angela con Antonia.)*

No sé; estoy indecisa. Siento un deseo ardiente de otra cosa; y al mismo tiempo, me encuentro cohibida. Esta quietud de ahora realza mi ansia de perfección. En esta quietud en que vivo, ser de mí misma; sentirme íntegra, pura; lejos, muy lejos de todas las pasiones mundanas, de todas las mezquindades. Tengo miedo de romper este ambiente interior de transparencia y de posesión de la propia persona. Y, sin embargo, lo desconocido me atrae, me atrae profundamente. Sí; tengo ansia de otros cielos, otros aires, otras miradas, otras manos que estrechen mis ma-

nos. ¡Romper la monotonía de esta vida! Hacer pedazos mi vivir cotidiano; tal vez para después gustar con más fruición otra vez de nuevo la paz interior. ¡Antonia!

(*Aparece* ANTONIA.)

¿Has oído?

ANTONIA

Sí.

ANGELITA

¿Detrás de la puerta?

ANTONIA

Claro.

ANGELITA

¿Tú quieres venir a América?

ANTONIA

¡Animas del Purgatorio!

ANGELITA

¡América! Nueva York, su estrépito; su vorágine; su actividad de todos los momentos. ¡Las maletas, los baúles! ¡Anda, lista! No quiero perder un momento.

ANTONIA

¡Dios nos asista!

ANGELITA

¿Has oído? ¿Llaman otra vez? Corre, ve, abre.

ANTONIA

¡Ay, Señor, no; no nos dejes de tu mano! ¡Loca, loca!

ANGELITA

Decidida; completamente decidida. Afuera mi pasado; el pasado que pesa terriblemente sobre mí.

(*Voces en el pasillo; entran la* SEGUNDA ANGELA *y* VALENTÍN BUSTELO.)

LA SEGUNDA ÁNGELA

¡Qué agradable! ¡Volverte a ver después de tanto tiempo!

ANGELITA

Señora...

LA SEGUNDA ÁNGELA

¿Esas tenemos? ¿De cumplido? ¿No te acuerdas de mí? Angela Miranda. Sí; la misma; Angela Miranda. Y mi marido...

ANGELITA

Ya recuerdo; perdona. A tu marido es a quien no tengo el gusto de conocer.

LA SEGUNDA ÁNGELA

Valentín Bustelo; lo habrás oído nombrar; el sabio químico.

VALENTÍN BUSTELO

Sabio, señora, no.

ANGELITA

Sí, sabio; lo conozco, aunque yo, naturalmente, soy profana en esa ciencia.

VALENTÍN BUSTELO

Esa ciencia es como todas las demás; cosa de tenacidad.

LA SEGUNDA ÁNGELA

¡Cómo trabaja mi pobre marido!

VALENTÍN BUSTELO

Y mi mujer que me hace llevadero el trabajo. Diga usted, señora, que si no fuera por ella, yo no hubiera hecho la labor modesta que he hecho.

ANGELITA

Será bonita esa ciencia, la química.

LA SEGUNDA ÁNGELA

La cristalografía. ¿Cómo se titula esa Memoria que has escrito?

VALENTÍN BUSTELO

¡Por Dios, Angela, que esta señora me va a tomar por un pedante!

ANGELITA

No, nada de eso; me interesa esa ciencia tan bonita de los cristales.

LA SEGUNDA ÁNGELA

Dile cómo se titula esa Memoria.

VALENTÍN BUSTELO

Pues *Memoria sobre los poliedros de forma simétrica.*

ANGELITA

¡Qué horror!

VALENTÍN BUSTELO

¿Le asusta a usted?

ANGELITA

No; es que pienso lo difícil que será todo eso.

LA SEGUNDA ÁNGELA

No puedes figurártelo. Yo he aprendido muchas palabras a fuerza de oírselas a Valentín; simetrías hemiedras, simetrías holoedras, simetrías tetratoedras.

VALENTÍN BUSTELO

Es una retahila con que yo suelo desazonar a Angela cuando estoy de mal humor.

LA SEGUNDA ÁNGELA

No lo creas; no lo está nunca.

VALENTÍN BUSTELO

Gracias a ti; gracias a tu cuidado solícito por todo; por el silencio del laboratorio; por la limpieza; por el orden.

ANGELITA

Yo quisiera ver ese laboratorio. ¿Le costará a usted mucho un invento?

VALENTÍN BUSTELO

Nada, señora; los inventos salen por casualidad.

ANGELITA

¡Qué raro!

VALENTÍN BUSTELO

No, natural; estamos trabajando en una cosa; de pronto, sin pensarlo, hacemos una combinación que no queríamos hacer... y cátate el invento.

ANGELITA

¡Qué fácil!

VALENTÍN BUSTELO

Y así, todo; de casualidad en casualidad; lo que pasa es que nosotros preparamos las circunstancias que han de formar la casualidad.

ANGELITA

¡Pero qué trabajo tendrán ustedes!

VALENTÍN BUSTELO

No; costumbre.

LA SEGUNDA ÁNGELA

Di que sí; no le creas; todo el día con una preocupación que no le deja; siempre pensando en lo mismo; siempre abstraído. Yo lucho por apartarle a veces del laboratorio; pero él se ríe y no me hace caso.

VALENTÍN BUSTELO

Cosas de mi mujer.

LA SEGUNDA ÁNGELA

¿Y a que no sabes lo que le tiene preocupado ahora?

VALENTÍN BUSTELO

Algún disparate vas a decir, Angelita.

LA SEGUNDA ÁNGELA

¿No quieres que lo diga?

ANGELITA

Deje usted que lo diga.

VALENTÍN BUSTELO

Anda, dilo.

LA SEGUNDA ÁNGELA

Pues ha inventado un teorema; un teorema de una originalidad grande, y él pretende que por su demostración en los libros de química le paguen derechos.

ANGELITA

Es natural.

VALENTÍN BUSTELO

Dicha la cosa así, parece un absurdo; pero es racional que si se pagan derechos por interpretar una sinfonía, por ejemplo, se paguen también por la demostración de un teorema original. Aparte, señora, de que yo le digo todas estas cosas a mi mujer riendo; no pretendo en serio que se me paguen derechos.

ANGELITA

Pues deberían pagarlos.

LA SEGUNDA ÁNGELA

Ya lo creo. ¿No le ha costado a Valentín calentarse la cabeza?

ANGELITA

¡El laboratorio!... ¡Las retortas tan brillantes! ¡Los tubitos tan frágiles; los líquidos de todos colores que van pasando de una cubeta en otra! ¡Qué interesante todo!

LA SEGUNDA ÁNGELA

Has de venir a verlo. Vendrás; lo verás todo. Yo vendré más despacio a verte. Ahora sólo quería estrechar tu mano.

ANGELITA

Y yo he tenido mucho gusto en volverte a ver.

VALENTÍN BUSTELO

Señora, un verdadero placer en conocerla; Angela me ha hablado tanto...

LA SEGUNDA ÁNGELA

Adiós, adiós.

ANGELITA

Hasta cuando quieras.

(Se marchan la Segunda Angela y Valentín.)

¡Un laboratorio! La luz que entra por una ancha y alta ventana; la luz pura, transparente, de las primeras horas de la mañana, que resbala por los vidrios límpidos de los tubitos, de las probetas! ¡Y la luz profunda de los días que pasan como deslizándose suavemente! ¡Y el trabajo de un día que se va uniendo al trabajo del día siguiente! ¡Ser cosa esencial en el mundo, como lo es el científico, y vivir a la manera de un cenobita, desdeñándolo todo! ¡Y yo la mujer de esa casa, ordenando ese formidable laboratorio!

La pureza espiritual, aliada a la pureza de lo terreno; sentirme íntegra, pura, y ver las transformaciones de la materia, que es inferior al espíritu! ¡Antonia!

(*Aparece* ANTONIA.)

ANTONIA

¡Jesús, qué liorna de casa!

ANGELITA

¡Yo quiero un laboratorio!

ANTONIA

Y unas sonajas.

ANGELITA

¡Antonia, eres una necia!

ANTONIA

¡Angelita, eres una fatua!

ANGELITA

¿Es que no puedo ver realizado mi deseo?

ANTONIA

¡Casarse con un sabio!

ANGELITA

Con un hombre que me haría feliz.

ANTONIA

Todo el mundo es loco en su casa y cuerdo en la ajena.

ANGELITA

¿Qué quieres decir con eso?

ANTONIA

Que por todas partes hay una legua de mal camino.

ANGELITA

¡Qué desgraciada soy, Antonia!

ANTONIA

Si todas tuvieran tu desgracia, serían felices.

ANGELITA

Eres tan ruda, que no te quiero ver.

ANTONIA

Pues márchate a tu cuarto a llorar sola.

ANGELITA

Dices bien; yo quiero estar sola un ratito.

(Desaparece Angelita.)

ANTONIA

No tiene un momento de reposo esta muchacha; todo lo quiere en seguida; de todo se prenda. ¡Y qué buena es!

(Llaman otra vez. Desaparece Antonia. Breve pausa. Sale ANTONIA *acompañando a la* TERCERA ANGELA.)

Siéntese; tenga la bondad; voy a avisar a la señora.

(Desaparece Antonia.)

LA TERCERA ÁNGELA

Esto es simpático, bonito; paredes desnudas, blancas, sin nada. Y cuatro sillas y una mesita de pino. Mi ideal; vivir en la sencillez; ser sobria, con sobriedad que es la mayor de las elegancias. No sé cómo me acogerá esta señora. Ya está aquí.

(*Aparece* ANGELITA.)

ANGELITA

Señora...

LA TERCERA ÁNGELA

Perdone usted...

ANGELITA

Usted dirá.

LA TERCERA ÁNGELA

¿Usted no me conoce a mí?

ANGELITA

No tengo ese gusto.

LA TERCERA ÁNGELA

Me llamo Angela Miranda.

ANGELITA

¿Angela Miranda? ¿La tercera Angela?

LA TERCERA ÁNGELA

¿Qué dice usted?

ANGELITA

Perdone; hablaba para mí.

LA TERCERA ÁNGELA

Pues yo me he dicho: "Vamos a ver a esa señora, que seguramente como tiene tan buen corazón."

ANGELITA

Lisonja de usted.

LA TERCERA ÁNGELA

Lo dice todo el mundo.

ANGELITA

El mundo me quiere mal.

LA TERCERA ÁNGELA

Vaya, me hace usted reír.

ANGELITA

Pues entonces ya soy un poquito buena.

LA TERCERA ÁNGELA

Sí, porque el poner alegría en la vida es un acto meritorio.

ANGELITA

Disipar las tristezas ajenas siempre es cosa loable.

LA TERCERA ÁNGELA

¿Ve usted como yo tenía razón en venir? Eso es lo que yo hago; es decir, lo que trato de hacer.

ANGELITA

¿Alegrar la vida de las gentes?

LA TERCERA ÁNGELA

Trato de paliar el dolor, al menos.

ANGELITA

¿Y de qué modo?

LA TERCERA ÁNGELA

Subiendo y bajando escaleras.

ANGELITA

¡Cosa rara!

LA TERCERA ÁNGELA

No, señora, no; subiendo a los cuartos humildes y tornando a subir.

ANGELITA

Después de haber bajado.

LA TERCERA ÁNGELA

Naturalmente. ¡Ja, ja, ja!

ANGELITA

Yo también río ahora.

LA TERCERA ÁNGELA

¡Ah, si yo pudiera hacer que todos los pobres, los desvalidos, los infortunados, rieran!

ANGELITA

¿Es difícil la misión de usted?

LA TERCERA ÁNGELA

El arte más difícil de todos: hacer el bien sin que parezca que se hace.

ANGELITA

Hacerse perdonar la superioridad.

LA TERCERA ÁNGELA

Lograr que cuando hacemos una caridad, no se vea que hay humillación. Y sufrir en silencio las rudezas de quien naturalmente es rudo sin proponérselo.

ANGELITA

¿En silencio? Diga usted, sonriendo, con la cara placentera.

LA TERCERA ÁNGELA

¡Cómo me encanta oírla! Está usted dentro de la misión que yo me he impuesto.

ANGELITA

¿Qué infortunios le atraen a usted más?

LA TERCERA ÁNGELA

Los de los niños y los ancianos.

ANGELITA

¡Terrible cosa es un niño pobre!

LA TERCERA ÁNGELA

Y más cuando está enfermo.

ANGELITA

Yo he sentido la mayor sensación de tragedia humana viendo la cara escuálida de un niño.

LA TERCERA ÁNGELA

¡Con qué ojos lánguidos miran a quien se acerca a ellos para aliviar su miseria!

ANGELITA

Parecen perritos sumisos.

LA TERCERA ÁNGELA

En los ojos de los niños y en los ojos de ciertos perros está la mayor tristeza del mundo.

ANGELITA

Sentir el dolor ajeno y despreciarlo todo

por remediar ese dolor, es la más alta misión humana.

LA TERCERA ÁNGELA

Sea usted buena; lo es usted; acompáñeme; venga conmigo; dedique unas horas del día a este trabajo.

ANGELITA

¿Unas horas del día? ¡Toda la vida! Desde que ha entrado usted en esta casa me siento otra. No soy la misma; hace un momento dudaba de mi porvenir; ahora estoy ya segura.

(Va anocheciendo.)

¿Ve usted por esa ventana cómo avanza el crepúsculo? Pues a medida que amengua la luz del sol en este día crece la luz espiritual en mi interior. ¡Qué bella vida estar al lado de los que sufren! ¡Ser del partido de los que trabajan y penan! ¿Es que no hay en la tierra

una justicia superior, suprema? La habrá fuera del mundo. Y en todo caso, ¿qué más recompensa, que más premio que sentir en el fondo del espíritu la sensación de la piedad? La sensación de la piedad, que impregna todo nuestro ser y trae hacia nosotros una mano que estrecha con efusión nuestra mano.

LA TERCERA ÁNGELA

Usted no me conoce; pero yo le digo que nunca, en ningún momento, he sentido lo que ahora estoy sintiendo.

ANGELITA

Déjeme usted... No, no; déjame que estreche tu mano.

LA TERCERA ÁNGELA

¡Cómo leo en tus ojos la bondad!

ANGELITA

No, Angela; no soy buena; pero quisiera llegar al más alto grado de perfección.

(La escena, casi en tinieblas.)

Mira, mira estas flores; la rosa, el clavel, el lirio. Todas para ti. Todas para la nueva Angela Miranda; la que yo quiero ser.

(Un foco de luz envuelve las dos figuras.)

Y deja, deja, querida Angela, que te dé por prenda de mi fidelidad un beso en la frente.

(Un momento de obscuridad; al tornar la luz, la Tercera Angela ha desaparecido.)

¿Dónde está la tercera Angela? ¿Es esto un milagro? Tal vez; acaso es el milagro de mi salvación; la tercera Angela ha desaparecido; soy yo misma. Soy yo, que al fin sé lo que debo

saber. Sé que para el perfeccionamiento humano se necesita el recogimiento sobre sí mismo. Debemos conocer nuestra personalidad; debemos poner todas nuestras fuerzas, todo nuestro espíritu, todo nuestro fervor, en la realización del bien. La cordialidad ha de salvarnos en este correr del tiempo. Las tres Angelas no han existido; de las tres, la última es la mía. Y porque es bondad y porque es creencia, quiero ser yo como esa tercera Angela que hace un momento estaba aquí conmigo, tan bondadosa, tan llena de fe, tan henchida de amor. Bondad, fe, amor...

Telón lento

Acto III, cuadro II.—*Angelita* (Adela Tortosa) y *La tercera Angela* (Carolina Amo Amo)

APENDICE

EN EL PROGRAMA DEL ESTRENO FUERON INCLUIDAS ESTAS DOS NOTAS

En el prólogo que he escrito para la edición de ANGELITA explico la génesis y el desarrollo de la obra. He querido hacer una obra sencilla; no se trata de una comedia de enredo; no hay en la obra los eternos dimes y diretes de amor. Partiendo de una premisa arbitraria, he tratado de que la obra se desenvuelva dentro de la verosimilitud. En realidad, lo que he escrito es un auto sacramental; que no me pidan explicaciones respecto a la iniciación de la comedia; si el espectador acepta el comienzo, no habrá que discutir otra cosa sino si la obra es o no teatral; si puede o no representarse. Y los autos sacramentales se han representado. Si se dice que obras como la mía no son para el público grande,

sino para un público restringido, la respuesta es obvia: los autos sacramentales se han representado, como decimos, y se han representado ante un público popular. Para las muchedumbres, y no exclusivamente para los selectos, eran esas obras maravillosas. Y en ellas se llegaba un poco —o un mucho— más lejos en cuanto a abstracción y simbolismo que se llega en ANGELITA.

Es hora ya de que el teatro español vuelva a utilizar uno de sus más eficaces y fecundos recursos: lo maravilloso. En el siglo XVIII se consideró como un triunfo el hacer que de la escena desapareciera ese recurso; creían entonces que en el teatro debía imperar el positivismo que imperaba en el terreno científico. Se amputó al arte uno de sus más poderosos elementos; todo un mundo espiritual desapareció de la estética dramática; todo un mundo de elementos y fuerzas espirituales se esfumó ante la brutalidad del hecho. Se perseguía un realismo feroz, intransigente, y no se tenía en cuenta que por encima de la realidad aparente y tangible existe otra realidad

más sutil, más verdadera, más eterna. Y esa realidad es la que asoma ahora en la nueva estética; la que comienza a dominar en el arte; la que ha entrado ya en la poesía lírica y espera entrar en la novela y en el teatro.

Un grupo de amigos, todos cordiales, todos bondadosos, ha querido representar ANGELITA. Obra de espiritualidad, había de ser representada con amor y con efusión. Toda la ciudad de Monóvar se ha interesado en este empeño; a todos va mi ferviente gratitud. A la manera como en los antiguos autos sacramentales se fundía el fervor de la muchedumbre con el fervor de los actores, aquí, en este caso, se ha fundido la cordialidad de un pueblo con el entusiasmo de los intérpretes y con la vibración del autor en su obra. Un ejemplo modesto, si se quiere; pero un ejemplo que, seguido por otros autores y por otros pueblos, podría ser fecundo para el arte del teatro, para la escena patria.

AZORÍN

Después de escrita la nota anterior llega a mis manos el libro que mi amigo el gran autor dramático ruso y director de teatros Nicolás Evreinoff acaba de publicar en Francia con el título de *Le théâtre dans la vie*. En este libro figura un interesantísimo capítulo titulado "Una lección a los profesionales". Demuestra en esas páginas el autor la honda influencia que en la evolución del teatro ruso han ejercido los aficionados teatrales. Si el teatro ruso es lo que es; si el teatro ruso ha llegado a las innovaciones actuales, a los aficionados se debe. "Yo he trabajado en el curso de mi carrera —dice Evreinoff— con profesionales y con aficionados, y puedo asegurar, según mi experiencia personal, que hay una gran diferencia entre los primeros y los segundos; así como en sus actitudes respectivas con relación a la obra dra-

mática y el deber teatral. La comparación de unos con otros temo que no resultara a beneficio de los profesionales." Y más adelante: "En la hora presente, el método de trabajo de un profesional es esencialmente egoísta (existen, naturalmente, excepciones). La sola cosa que al profesional importa es crear un papel con el mínimum de esfuerzo y el máximum de éxito. De éxito personal, se entiende; porque apenas si el profesional piensa en el éxito de la obra, ni en el teatro, ni en la idea teatral."

La historia del teatro ruso es lección elocuente. "Ciento setenta años de teatro ruso —escribe Evreinoff— son un ejemplo edificante: los nombres de los grandes aficionados eclipsan en esa historia casi en absoluto los de los profesionales; el papel de los profesionales es casi insignificante en la historia teatral rusa." Si los nombres de algunos profesionales no han sido olvidados es a causa de que estos profesionales fueron a la vez geniales aficionados. "La historia y mi personal experiencia me han enseñado —concluye Evreinoff— que la creación de nuevos valores y la

renovación de formas teatrales olvidadas no tiene enemigos más formidables que los actores profesionales."

Todo el capítulo es digno de ser leído y meditado. Con gusto vemos que el gran autor y director de escena, con su autoridad indiscutible, viene a confirmar las postreras palabras de la nota precedente. — A.

Madrid, mayo 1930.

INDICE

	Páginas.
Prólogo	7
Personajes de toda la obra	15
Acto primero	21
Cuadro primero	21
Cuadro segundo	43
Acto segundo	103
Acto tercero	193
Cuadro primero	193
Cuadro segundo	203
Apéndice	249

TEATRO DE AZORÍN

OLD SPAIN (tres actos). — BRANDY, MUCHO BRANDY (tres actos). — COMEDIA DEL ARTE (tres actos). — LO INVISIBLE (trilogía). — LA ARAÑITA EN EL ESPEJO. — EL SEGADOR. — DOCTOR DEATH, DE TRES A CINCO

En el suplemento literario del *Times*, de Londres, correspondiente al 1.° de mayo de 1930, se ha publicado un artículo sobre el teatro del autor de *Félix Vargas*, con el título de *The plays of Azorín*. No se examinan en este artículo más que dos obras: *Old Spain* y *Comedia del arte*. De *Old Spain* se dice lo siguiente, entre otras cosas:

Una obra como *Old Spain*, estrenada y publicada primeramente en 1926, y ahora reimpresa en una edición barata, no es la obra de un gran dramaturgo; y hasta es posible que no sea la obra de un dramaturgo; pero, no obstante, su sugestivo y delicado juego de ideas, sin duda le da derecho a existir en la época de Benavente, Shaw y Pirandello.

De *Comedia del arte* se dice:

Su sugerencia de la emoción y el *pathos*, lo mismo que su sugerencia del paisaje, es de una admirable reserva y eficacia. El *pathos*, que ya apunta en *Old Spain*, predomina en la *Comedia del arte*, esbozo de un actor famoso que, habiendo elegido el papel de Edipo en Colono, se vuelve súbitamente ciego y representa el papel con arte aún más consumado que antes. Para haber logrado esta fuerza de sugerencia, y ser capaz de comunicar su emoción a los demás, sin duda ha tenido el autor que sentir profundamente y poseer muy a fondo su tema. De modo parejo, el tema tiene que ofrecer grandes profundidades, para que una presentación de él, en apariencia superficial, pueda ya alcanzar esta penetración.

De *Old Spain* se ha hecho una edición escolar en los Estados Unidos: *Azorín, Old Spain, edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by George Baer Funderburg, Ph. Professor of romance languages Grove City College. New Yorkand London, The Century Co.* (Sin año; pero es de 1928.)

Sobre las obras citadas y las demás, se ha publicado en el *Mercure de France* del 15 de julio de 1929, un estudio titulado *Le théâtre d'Azorín*, firmado por *Critile*, seudónimo de Víctor Bouillier, que con Andrés Rouveyre comparte en la antigua revista la crítica teatral.

BIBLIOTECA NUEVA

CALLE DE LISTA, NÚMERO 66.—MADRID

EXTRACTO DEL CATALOGO

OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN VALERA

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

NOVELAS

	Pesetas
I.—Juanita la Larga	5,—
II.—Doña Luz	5,—
III.—Pepita Jiménez	5,—
IV.—El Comendador Mendoza	5,—
V.—Pasarse de listo	5,—
VI.—Genio y figura	5,—
VII.—Morsamor	5,—
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino	10,—
X.—Dafnis y Cloe	5,—

OTRAS OBRAS

XI.—Cuentos escogidos	5,—
XII.—Poesías escogidas	5,—
XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos	5,—

ENCUADERNADOS EN TELA, 7 PESETAS

OBRAS COMPLETAS DE GABRIEL MIRO

Del vivir, Corpus y otros cuentos	5,—
Las cerezas del cementerio (novela)	5,—
La novela de mi amigo (novela)	5,—
El obispo leproso (novela)	5,—
El libro de Sigüenza (novela)	5,—
Figuras de la Pasión del Señor	7,—
Años y leguas (novela)	5,—
El abuelo del rey (novela)	5,—

OBRAS NUEVAS DE AZORIN

Félix Vargas (novela)	5,—
Blanco en azul (cuentos)	5,—
Superrealismo (novela)	5,—
Angelita (auto sacramental)	5,—
La bolita de marfil (cuentos)	5,—

NOVELAS DE RAMON GOMEZ DE LA SERNA

	Pesetas
La viuda blanca y negra (novela)	4,—
El secreto del Acueducto (novela)	4,—
La Quinta de Palmyra (novela)	4,—
La mujer de ámbar (novela)	4,—

NOVELAS DE RAFAEL LOPEZ DE HARO

¿Y después?	5,—
Ante el Cristo de Limpias	5,—
¡Pero el amor se va!	5,—
Fuego en las entrañas	5,—
Entre todas las mujeres	5,—
La Venus miente	5,—
Las sensaciones de Julia	5,
Un hombre solo	5,—
Todos los amores	5,—
Los nietos de los celtas	5,—

COLECCION DE GRANDES NOVELAS HUMORISTICAS

ENRIQUE JARDIEL PONCELA	
Amor se escribe sin hache	6,—
¡Espérame en Siberia, vida mía!	6,—
SANTIAGO RUSIÑOL	
La niña gorda	5,—
TIRSO MEDINA	
Mis dos mitades	5,—
JUAN JOSE DOMENCHINA	
La túnica de Neso	5,—
EDGARD NEVILLE	
Don Clorato de Potasa	5,—
ANTONIO ROBLES	
Novia partido por 2	5,—
JOAQUIN BELDA	
Se ha perdido una cabeza	5,—
SAMUEL ROS	
El ventrílocuo y la muda	5,—

Pesetas

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

I.—Perlas negras. Místicas. 5,—
II.—Poemas..... 5,—
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas..... 5,—
IV.—El Exodo y las flores del camino..... 5,—
V.—Almas que pasan..... 5,—
VI.—Pascual Aguilera. El donador de almas..... 5,—
VII.—Los jardines interiores. En voz baja..... 5,—
VIII.—Juana de Asbaje..... 5,—
IX.—Ellos..... 5,—
X.—Mis filosofías..... 5,—
XI.—Serenidad..... 5,—
XII.—La amada inmóvil..... 5,—
XIII.—El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido..... 5,—
XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira..... 5,—
XV.—Elevación..... 5,—
XVI.—Los balcones..... 5,—
XVII.—Plenitud..... 5,—
XVIII.—El estanque de los lotos..... 5,—
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal..... 5,—
XX.—Cuentos misteriosos.... 5,—
XXI.—Algunos..... 5,—
XXII.—La lengua y la literatura (1.ª parte)..... 5,—
XXIII.—La lengua y la literatura (2.ª parte)..... 5,—
XXIV.—En torno a la guerra..... 5,—
XXV.—Crónicas..... 5,—
XXVI.—Ensayos..... 5,—
XXVII.—El arquero divino. 5,—
XXVIII.—Conferencias. Discursos. Miscelánea..... 5,—
XXIX.—La última vanidad. 5,—

ENCUADERNADOS EN TELA, CADA VOLUMEN, 7 PESETAS

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernado. Precio de cada ejemplar, 35 pesetas.

OBRAS DE OSCAR WILDE

I.—El crimen de lord Arturo Saville (novelas)..... 4,—
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)..... 4,—
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)..... 4,—
IV.—Huerto de granadas (novelas)..... 4,—
V.—Vera o los nihilistas (teatro)..... 4,—
VI.—Intenciones (ensayos). 4,—
VII.—La tragedia de mi vida..... 4,—
VIII.—La duquesa de Padua (teatro)..... 4,—
IX.—Pluma, lápiz y veneno (ensayos)..... 4,—
X.—Una mujer sin importancia. El abanico de lady Windermere y La importancia de llamarse Ernesto (teatro)..... 4,—
XI.—Palabras, ideas, crítica. 4,—
XII.—Epistolario inédito..... 4,—

FRANK HARRIS

Vida y confesiones de Oscar Wilde (dos tomos).... 12,—

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

Una campaña alegre..... 4,—
San Onofre..... 4,—
San Cristóbal..... 4,—
Cartas de Inglaterra..... 4,—
El misterio de la carretera de Cintra..... 5,—
Notas contemporáneas..... 5,—
Ecos de París..... 4,—
Prosas bárbaras..... 4,—
Cartas familiares y billetes de París..... 4,—
Cuentos..... 5,—

OBRAS DE REMY DE GOURMONT

Colores (cuentos eróticos)... 4,—
Una noche en el Luxemburgo (novela)..... 4,—
El sueño de una mujer (novela)..... 4,—
El peregrino del silencio.... 4,—
Historias mágicas..... 4,—

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY

El amor imposible..... 4,—
Las diabólicas..... 4,—
Una historia sin nombre..... 4,—

Pesetas

OBRAS INEDITAS DE VARGAS VILA

Odisea romántica (Diario de viaje a la República Argentina)..... 5,—
Dietario crepuscular..... 5,—
La novena sinfonía (novela). 6,—

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos.)..... 10,—
II.—Una teoría sexual y otros ensayos..... 10,—
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente... 10 —
IV y V.—Psicoanálisis..... 20.—
VI y VII.—Interpretación de los sueños..... 20.—
VIII.—Totem y Tabú..... 10,—
IX.—Psicología de las masas..... 10,—
X.—La histeria..... 10.—
XI.—Inhibición, síntoma y angustia..... 10,—
XII.—Análisis profano..... 10,—
XIII.—Psicología de la vida erótica..... 10,—
XIV.—El porvenir de las religiones..... 10.—

SMITH ELLY JELLIFFE
Técnica del psicoanálisis.... 10.—

COLECCION EXTRANJERA

LEONIDAS ANDREIEV
Los siete ahorcados (novela). 4,—
Judas Iscariote (novela)..... 4.—
La risa roja (novela)..... 4.—
Memorias de un preso (novela)..... 4.—

FEDERICO NIETZCHE
Epistolario inédito..... 5,—

VILLIERS DE L'ISLE ADAM
La Eva futura (novela)..... 4,—
Nuevos cuentos crueles..... 4,—

GABRIEL D'ANNUNZIO
Quizás sí, quizás no (novela)..... 5,—

EÇA DE QUEIROZ
Ultimos ensayos..... 4,—

Pesetas

ALEJANDRO KUPRIN
El capitán Ribnicov (novela)..... 4,—

MARK TWAIN
Narraciones humorísticas.... 4,—
El diario de Eva (novela)... 4,—
¿Ha muerto Shakespeare? (sátiras)..... 4,—

KNUT HAMSUN (Premio Nobel)
Pan (novela)..... 5,—

F. DOSTOIEWSKY
Tres novelas..... 4,—

J. y J. THARAUD (Premio Goncourt)
Dingley, el ilustre escritor (novela)..... 4,—
Servidumbre de amor (novela)..... 4,—

CARLOS BAUDELAIRE
Páginas escogidas..... 5,—

TEODORO DE BANVILLE
Muñecas (cuentos)..... 4,—

ARTURO SCHNITZLER
Morir (novela)..... 4,—

JEAN LORRAIN
El burdel de Filiberto (novela)..... 5,—

JULES RENARD
El viñador de su viña..... 4,—

GERARDO DE NERVAL
Las hijas del fuego (novelas)..... 4,—

FIALHO D'ALMEIDA
La ciudad del vicio (novelas)..... 4,—

LEON TOLSTOI
Jadsi Murat (novela)..... 5,—

CONDE DE L'AUTREAMONT
Los cantos de Maldoror..... 4,—

ENRIQUE SIENKIEWICZ
Hania (novela)..... 4,—

R. L. STEVENSON
Las tribulaciones de un joven indolente (novelas).... 4,—

HENRI DE REGNIER
Boda de amor (novela)..... 4,—
Amantes raros (novela)..... 4,—

PIERRE LOTI
El libro de la piedad y de la muerte (novelas)..... 4,—

	Pesetas
GIOVANNI PAPINI	
Hombre acabado	5,—
Bufonadas	5,—
Memorias de Dios	5,—
G. APOLLINAIRE	
El poeta asesinado (novela).	4,—
MARIO PUCCINI	
Ser o no ser (novela)	5,—
G. RODENBACH	
En destierro (novela)	4,—
COLETTE WILLY	
Querido (novela)	4,—
O. HENRY	
Picaresca sentimental (novelas)	4,—
JOHN GALSWORTHY	
Flor sombría (novela)	5,—
G. K. CHESTERTON'S	
La esfera y la cruz	5,—
TOMAS HARDY	
Teresa la de Uberville (novela), 2 tomos	8,—
LUIGI PIRANDELLO	
El difunto Matías Pascal (novela)	5,—
AQUILINO RIBEIRO	
La vía sinuosa (novela)	5,—
JULES ROMAINS	
Luciana (novela)	5,—
JAMES JOYCE	
El retrato del artista adolescente (novela)	5,—
HENRY DE MONTHERLANT	
Olímpicas	5,—
Los bestiarios (novela)	5,—
ANDRE GIDE	
El inmoralista (novela)	5,—
EMIL LUDWIG	
El hijo del hombre (vida de Jesús)	6,—

COLECCION HISPANA

JOSE MARIA SALAVERRIA	
Espíritu ambulante	4,—
El oculto pecado (novela)	4,—
EUGENIO NOEL	
Piel de España	4,—
JOSE E. RODO	
Páginas escogidas	4,—

	Pesetas
J. LOPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales	4,—
CRISTOBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición)	4,—
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas	4,—
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro	4,—
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,—
RAMON GOMEZ DE LA SERNA	
Muestrario	4,—
R. CANSINOS-ASSENS	
El divino fracaso	4,—
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas)	4,—
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,—
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. (Diario de un testigo)	4,—
A. HERNANDEZ-CATA	
Los siete pecados (cuentos).	4,—
ALFONSO REYES	
El cazador	4,—
ALBERTO INSUA	
Juventina la bella (novela).	4,—
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas)	4,—
M. DIAZ RODRIGUEZ	
Peregrina (novela)	4,—
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela).	4,—
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela)	4,—
JOSE M.ª DE ACOSTA	
Niñerías (novela)	4,—
E. RAMIREZ ANGEL	
La villa y corte pintoresca.	4,—

Pesetas

COLECCION HISTORICA

J. GARCIA MERCADAL
España vista por los extranjeros (3 tomos)..... 12,—

E. GONZALEZ-BLANCO
Historia del periodismo..... 4,—

CARLOS PEREYRA
La obra de España en América..... 4,—

E. RODRIGUEZ SOLIS
Historia de la prostitución. 5,—

P. OTERO Y SANCHEZ
España, patria de Colón..... 4,—

COLECCION POLITICA

ANTONIO MAURA
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos)..... 8,—

V. RUIZ ALBENIZ
Ecce Homo. (Las responsabilidades del desastre.) Epílogo del general Berenguer..... 6,—

ALBERTO MOUSET
La política exterior de España..... 3,50

ALVARO DE ALBORNOZ
El partido republicano..... 3,50

JUAN JOSE MORATO
El partido socialista..... 3,50

N. MORENO RECIO
Los partidos políticos europeos..... 4,50

ENRIQUE FAJARDO ("FABIAN VIDAL")
Crónicas de la gran guerra. 6.—

IDEARIO ESPAÑOL

Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alomar)..... 5,—

Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta)..... 5,—

Ideario de GANIVET (Prólogo de Cristóbal de Castro)..... 5,—

ENSAYOS

JUAN MONEVA Y PUYOL
Primores ciudadanos..... 3,50

LUIS DE ZULUETA
La oración del incrédulo.... 3,50

Pesetas

WALTER RATHENAU
La triple revolución..... 4,—

G. MARAÑON
Tres ensayos sobre la vida sexual. (5.ª edición, con prólogo de R. Pérez de Ayala.)..... 5,—

G. R. LAFORA
Don Juan, los milagros y y otros ensayos..... 5,—

QUINTILIANO SALDAÑA
El hombre de toga..... 4,—

R. NOVOA SANTOS
La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos..... 5.—

LOS GRANDES CUENTISTAS

Cuentistas húngaros..... 4,—

TEATRO SELECTO CONTEMPORANEO

FRANK WEDECKIND
Despertar de primavera..... 2,—

LEONIDAS ANDREIEV
Hacia las estrellas..... 2,50
La vida del hombre..... 2,50

JOHN GALSWORTHY
La huelga..... 2,50

BJORNSTJEROE BJERNSON
Laboremus..... 2,50

M. ARTZIBACHEV
Celos..... 2,50

LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

N. LENIN
El Estado y la Revolución proletaria (3.ª edición).... 4,—
Ideario bolchevista..... 4,—
El comunismo de izquierda. 4,—
La victoria proletaria y el renegado Kautsky..... 4,—
El capitalismo de Estado... 4,—

CARLOS PEREYRA
La Tercera Internacional.... 4.—

KARL KAUTSKY
Terrorismo y comunismo.... 4.—

N. TASIN
La revolución rusa (2.ª edición)..... 4,—

	Pesetas
La dictadura del proletariado	4,—
Héroes y mártires de la revolución rusa	4,—
A. R. ORAGE	
Socialismo gremial	5,—
L. TROTSKY	
El triunfo del bolchevismo (2.ª edición)	4,—
Terrorismo y comunismo, o el anti-Kautsky	4,—
S. ZAGORSKY	
La república soviética. Su obra	5,—
ENRICO LEONE	
El sindicalismo	4,—
A. KERENSKY	
El bolchevismo y su obra	4,—
VARIOS	
El sindicalismo revolucionario	4,—
E. TORRALVA BECI	
Las nuevas sendas del comunismo. (Tesis y acuerdos del III Congreso de la Internacional comunista.)	4,—

VARIOS

FÜLOP MÜLLER	
El poder y los secretos del jesuitismo	25 —
J. J. BROUSSON	
Anatole France en zapatillas (Charlas e intimidades)	5,—
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)	
Los anticuarios (novela)	4,50
FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES	
Mario, o la isla de los leones.	5,—
La decadencia de lo azul celeste (novela)	5,—
ARTURO GARCIA CARRAFFA	
La política pintoresca. (Más de cien anécdotas de hombres públicos)	3,50
RAFAEL ALBERTI	
Marinero en tierra. (Poesías.) (Premio Nacional de Literatura.)	5,—
E. GIMENEZ CABALLERO	
Yo, inspector de alcantarillas	5,—

	Pesetas
J. DE LA LUZ LEON	
Amiel o la incapacidad de amar. (Prólogo de Salvador Madariaga.)	5,—
RODOLFO REYES	
De mi vida (Memorias políticas)	5,—
R. LOPEZ DE HARO	
Ser o no ser (3 comedias)	5,—
JOSE BERGAMIN	
Enemigo que huye (novela).	5,—
FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL	
Robinsón	4,—
RODOLFO NERVO	
Voces amigas (Poesías)	5,—
WERNER MULERT	
Azorín y la generación del 98.	10,—

BIBLIOTECA DEL MÁS ALLA

PAUL GIBIER	
El espiritismo (con ilustraciones)	5,—
RODOLFO STEINER	
La Teosofía	4,—
ELIPHAS LEVI	
Historia de la magia (con ilustraciones)	6,—
ARTEMIDORO DE DALCIS	
Interpretación de los sueños.	4,—
H. P. BLAWATZKY	
Doctrinas y enseñanzas teosóficas	4,—
RAFAEL URBANO	
El diablo: su vida y su poder (con ilustraciones)	5,—
NORMAN VALLAGE	
Las más curiosas sesiones de espiritismo	5,—
LAURENT & NAGOUR	
La magia y el amor	4,—
GURNES, MYEWR & PODMORE	
La telepatía	4,—
PAPUS	
Tratado de ciencia oculta (con ilustraciones)	6,—
FRANZ SPUNDAS	
La reencarnada (novela ocultista)	5,—
A. CONAN DOYLE	
El Espiritismo (en tres tomos en cuarto)	15,—

5691

PQ6623. A816A58 1930

a39001 0040615146

2/70
74-1